

82
e2X
80

Universidad Nacional de México.

Escuela de Verano.

" Los Historiadores de México "

Tesis presentada por

GEORGE J. O'SHEA

para su exámen de grado de

MAESTRO DE ARTES EN ESPAÑOL.

Agosto, 1939.



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

8 2
e2HX
80

Universidad Nacional de México.

Escuela de Verano.

" Los Historiadores de México "

Tesis presentada por

GEORGE J. O'SHEA

para su exámen de grado de

MAESTRO DE ARTES EN ESPAÑOL.

Agosto, 1939.



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

I N D I C E.
- - - - -
- - - - -

	Página:
Prefacio.....	1.
Capítulo I Hernán Cortez y Bernal Díaz del Castillo.....	6.
Capítulo II Fray Bartolomé de Las Casas.....	15.
Capítulo III. Algunos otros Cronistas. Francisco López de Gómara-El "Conquistador Anónimo" -- Fray Toribio de Benavente-- Fray Bernadino de Sahagún-- D. Francisco Cervantes de Salazar--Fray Jerónimo de Mendieta-- P. Diego Durán-" El Anónimo- P. José de Acosta- Fray Juan de Torquemado.....	33.

00036



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

Capítulo IV. Los Siglos XVII y XVIII. Fray Agustín de Vetancourt-P. Carlos de Sigüenza y Góngora- Francisco Javier Clavijero- D. Mariano Fernández de Echeverría y Veytia- P. Andrés Cavo.....	65.
Capítulo V. Carlos María de Bustamante.....	78.
Capítulo VI. D. Lorenzo de Zavala y D. Lucas Alamán.....	95.
Capítulo VII. La Epoca que siguió a la Independencia. D. José María Luis Mora--D. Luis Gonzaga Cuevas- D. Manuel Orozco y Berra- D. Joaquín García Icazbalceta-D. Francisco Bulnes.....	108.
Conclusión.....	130.
Bibliografía.....	

P R E F A C I O.

Generalmente los críticos literarios han concedido un lugar secundario a los historiadores de todo país entre los escritores. Sin embargo, no cabe duda de que constituyen el grupo más importante de los escritores de ese país. Y, por historiadores, quiero decir no solamente aquellos que compilan las historias propiamente dichas, sino también aquellos escritores que, de día en día escriben y expresan juicios sobre acontecimientos contemporáneos para los periódicos y revistas. Estos registran los sucesos, reflejan la opinión pública contemporánea y suplen los datos sobre lo que se fundan las historias futuras de los países.

Los historiadores crean y nutren el patriotismo, influyen el pensamiento, engendran ideales y, lo más importante de todo, guían las ideas de los jóvenes del país sobre los personajes y acontecimientos históricos, y guían sus pensamientos hacia la resolución de los problemas nacionales.

En general los historiadores de todos los países no han sido imparciales. Con el propósito loable de crear sentimientos de patriotismo, particularmente entre los jóvenes del país, han enaltecido a los héroes nacionales más allá de sus méritos, han suprimido los hechos, han dado a conocer solamente un punto de vista de controversias internacionales y, a veces, han dado a conocer la verdad de tal manera que, con premeditación, han producido creencias erró-

neas. Esto resulta naturalmente del patriotismo propio del autor, que le mueve a creer solamente lo que quiere creer, a buscar solamente esos hechos que vindiquen sus creencias y a escribir con toda convicción su historia parcial.

Es solamente en tiempos recientes que los escritores sensacionales norteamericanos han seguido la práctica de desvirtuar a sus héroes nacionales, acentuando las debilidades de carácter, dando escasa importancia a sus éxitos o revelando hechos perjudiciales tocante a sus vidas públicas o particulares. Sin embargo, aquellos escritores no han llegado a ser populares y el pueblo no les hace caso, puesto que a la gente, en general, no le gusta leer tales cosas ni quiere que los niños aprendan cosas despectivas sobre sus héroes.

Resultado muy desventajoso, desde un punto de vista liberal, de escritos históricos parciales, es que quedan vivos, de generación en generación los odios nacidos de injusticias del antaño, actuales o imaginarias, y así se levanta obstáculo efectivo contra la armonía y amistad internacionales. En América la Unión Panamericana por medio de los congresos que promueve, ha estado esforzándose, todavía con poco éxito, para que sean revisadas las historias de las escuelas a fin de que sean expurgadas de prejuicios internacionales, y que de esta manera se fomenten amistades en lugar de odios. Se espera que en un futuro más culto se vea el éxito de aquel es-

fuerza tan laudable y que las historias se escriban de manera imparcial de acuerdo con las palabras expresadas por D. Federico Gamboa, "Si algún día la historia escrita por hombres puede serlo".

El estudio de los historiadores de México nos presenta otra clase de prejuicio poco conocido en los países anglosajones. En México, igual que en muchos países latino-americanos, la adherencia a uno u otro partido político ha nutrido amarguras y odios en contra de los de partidos opuestos y ha creado sentimientos más fuertes que los creados por el patriotismo o por dificultades internacionales. Este sentimiento, fuertemente (partidarista) ha impedido la unidad nacional en las crisis que influyeron en la prosperidad e integridad de la patria y a menudo ha hecho que algunos de los partidarios pidieran la intervención de fuerzas armadas extranjeras. Y esto mismo ha ocurrido igualmente en otros países, como, por ejemplo, en Nicaragua, donde en 1927 el partido conservador, temiendo mucho el perder su autoridad, pidió la intervención de los Estados Unidos. La pasión por los partidos ha producido también historias violentamente perjudiciales en favor de uno u otro partido político, de suerte que existen pocas o mejor dicho ningunas opiniones de acuerdo sobre quiénes son los héroes nacionales mexicanos, cuáles sus defectos, cuántas sus dotes, cuales sus éxitos y que eran los resultados, de mucho alcance, de sus influencias sobre las políticas de la patria.

Tal espíritu de partido por parte de los historiadores se eliminaría, por lo menos parcialmente, si los historiadores no intentaran escribir las historias de sus mismas épocas. Los acontecimientos no pueden ser bien evaluados, ni las políticas juzgadas, hasta que el transcurso del tiempo ha madurado el juicio de los hombres y la eficacia verdadera de las políticas puede ser pesada por el resultado eventual. D. Lucas Alamán ha dicho, en la primera de sus "Disertaciones:"....todavía el fuego de las pasiones se halla encubierto bajo una ceniza engañadora y así es menester dejar ésta parte de nuestra historia (la correspondiente a la Guerra de Independencia) para que de ella se ocupen los escritores de la siguiente generación, contentándonos con prepararles acopio de hechos bien averiguados, sobre los que puedan fundar su juicio". Sin embargo, él mismo se apresuró, en los últimos días de su vida, a escribir el cuarto y quinto tomo de su Historia de México, que tocaron a su propia época y que constituyen una de las historias mas parciales que quedan escrita sobre México, como se mostrará en uno de los siguientes capítulos.

La mayoría de las historias son escritas por partidarios ardientes, quienes encolerizados por la narración parcial de otro escritor de creencia divergente, escriben con la intención absoluta de "corregir los errores" de todos los otros historiadores. En realidad el mayor número de las historias de México nunca se hubiera escrito si los escritores no hubiesen sido impulsados, por

dicho motivo, a escribir sus historias igualmente parciales. Mas los mismos motivos se pueden atribuir a los gobiernos. Así, en el año de 1835 un gobierno conservador, " deseoso de ilustrar la historia de nuestra nación purgándola de los errores y de las fábulas que se advierten en las que se han escrito hasta aquí, y deseando igualmente que se forme la que no tenemos de los trescientos años de la dominación española.....ha dispuesto establecer una Academia que se denominará Academia Nacional de la Historia, con el objeto expresado, y con el que para que cumpla con el fin de su instituto, reúna todos los documentos originales, obras inéditas, y las que se hayan publicado hasta aquí relativas á la Historia de México". Nombró a D. Lucas Alamán, gran conservador, como miembro de dicha academia, y, aunque nunca se escribió la historia propuesta, esto dirigió los pensamientos de Alamán hacia la historia.

El objeto de ésta tarea es presentar una reseña biográfica y crítica de algunos de los más importantes historiadores de México, examinar sus obras, y demostrar cómo muchos de ellos han sido inspirados a escribir para corregir los errores de otros, y señalar la parcialidad y prejuicios resultantes de sus historias.

C A P I T U L O I.

HERNAN CORTES Y BERNAL DIAZ DEL CASTILLO.

Tan pronto como los aventureros que siguieron a Colón al nuevo mundo llegaron aquí, empezaron a escribir narraciones de sus descubrimientos, colonizaciones y hazañas, unas escritas con efusión y en buen estilo, otras en mal estilo, pero todas muy interesantes a causa de los asuntos que trataban y el hecho de que constituyeron la historia de una época importantísima del mundo, escrita por testigos presenciales, y en muchos casos por los mismísimos caudillos que elaboraban la historia.

A la vanguardia de este pintoresco grupo está Hernán Cortés, El Conquistador. Nació Cortés en 1485, en Medellín, una población pequeña en lo que hoy es la Provincia de Badajós. Sus Padres eran pobres, pero gentes bien nacidas, su padre un oficial del ejército. Estudió dos años en la Universidad de Salamanca, donde aprendió algo de leyes, un conocimiento que le era muy útil en la colonización y la organización de la Nueva España. Muy aficionado a la vida de soldado y aventurero, salió de España para Santo Domingo en el año de 1504, a los diecinueve años. En Santo Domingo, y más tarde en Cuba, como teniente del Gobernador Diego Velazquez, se distinguió como soldado y jefe en la conquista de los

indios de aquellas islas, y por eso fué premiado por Velazquez con el puesto de alcalde de la ciudad de Santiago, y con tierras e indios de encomienda, y acumuló una modesta fortuna. Con esta última pudo ayudar al gobernador en equipar y tribular una expedición al continente recientemente descubierto y explorado por Francisco Hernández de Córdoba, en el año de 1517, y por Juan de Grijalba en 1518. Con ésta salió Cortés a los treinta y cuatro años, como capitán general, no sin desconfianzas por parte de Velázquez quien secretamente enviaba la expedición a "rescatar y no a poblar, aunque publicaba que enviaba a poblar" (Bernal Díaz, Cap. XIX). Llegado a la Nueva España, Cortés rompió relaciones con Diego Velázquez y trató directamente con el rey, Carlos V. Empezó a conquistar pueblos y colonizar las tierras en nombre del emperador. Sus hazañas en los años que siguieron, de 1518 a 1526, describió en cinco cartas que mandó al rey y que constituyen una historia minuciosa de la Conquista de México. Estas cartas se llamaban "Cartas de Relación de la Conquista de México" y se hallan en un Códice de la Biblioteca Imperial de Viena, con excepción de la primera, que no se ha hallado y que se emplaza con la relación enviada al Emperador por la Justicia y Regimiento de la Villa Rica de Veracruz. No cabe duda que ésta fué escrita por Cortés mismo, puesto que se ve en ella el mismo estilo y vocabulario que se empleaba en las otras cartas. Además, Cortés indica, en la segunda misiva, que su primera carta contenía en gran parte el material que contienen la carta de los oficia-

les de Veracruz.

Estas cartas, muy bien escritas, aunque de vocabulario limitado, son tan interesantes como una novela de caballerías y, en verdad, muchos de los acontecimientos que relatan parecen cosas fantásticas. Cortés se halló bajo la necesidad de justificar sus actos. Tuvo gran previsión, y reconociendo la importancia futura de la tierra que conquistaba, vió también la posición que él mismo pudo ganar en esta tierra con tal que pudiera lograr la protección del rey. Por eso exageró sus hazañas, éxitos de tanta grandeza que no había necesidad de exagerarlos. Pero estaba tan ligado con los acontecimientos que relató, y tuvo tan gran interés personal en ellos, que no pudo relatarlos con imparcialidad.

Hablando de sus batallas siempre exageró el número de sus enemigos, defecto natural que comparte Cortés con casi todos los caudillos militares de la historia.

Por ejemplo, en el relato del combate contra los indios de Tlaxcala Cortés dice, en la carta segunda: "Otro día amaneciendo dan sobre nuestro real más de ciento cuarenta y nueve mil hombres, que cubrían toda la tierra, tan determinadamente que algunos de ellos entraron dentro en él y anduvieron a cuchilladas con los españoles... Y así estuvimos peleando hasta que fué tarde, que se retrajeron". Pero más tarde, cuando éstos fueron sus aliados, dice Cortés, en la carta tercera: "Y los capitanes de Tascaltecal, con toda su gente, muy lucida y bien armada, llegaron a Tesaico.....e como aquel día supe que

venían cerca salilos a recibir con mucho placer; y ellos venían tan alegres y bién ordenados que no podía ser mejor. Y según la cuenta que los capitanes nos dieron, pasaban de cincuenta mil hombres de guerra".

Se pueden citar muchos más ejemplos de esta exageración de Cortés, especialmente en comparación con el escritor más moderado, Bernal Díaz del Castillo, él que dice sobre la lucha contra los de Tlaxcala que de éstos habría más de cuarenta y seis mil guerreros.

En las Cartas de Relación, Cortés pocas veces reconoce los méritos de sus Capitanes y soldados, mencionando raras veces sus nombres, pero glorificándose a sí mismo repetidamente. Pero a pesar de sus defectos Cortés demuestra en sus cartas haber sido gran soldado, capaz de mantener la disciplina, estadista y diplomático, y sobre todo uno de los más grandes conductores de hombres de la historia.

Mucho más del carácter y de los métodos de Cortés se descubre en la obra de Bernal Díaz del Castillo, el segundo gran cronista de la Conquista de México.

Nacido en Medina del Campo en el año de 1492, salió de España para el nuevo mundo hacia 1514, a los veintidós años, para buscar su fortuna como soldado de Pedro Arias de Avila, Gobernador de Tierra Firme. Era Bernal pariente de Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, y tres años después hallamos a Bernal saliendo de allá como soldado del Capitán Francisco Hernández de Córdoba, en viaje

de descubrimiento al continente. En esta expedición recibió tres heridas de flecha, en combate contra los indios. En 1518 acompañó a Juan de Grijalva en su viaje de exploración. Por fin estaba con Cortés en casi todas sus aventuras en la Nueva España, como uno de los soldados mas valerosos de éste, devotos y fieles, y luchó en más de 110 combates. Después retiróse a la ciudad de Santiago de Guatemala, de la que fué regidor, y en la que vivió pobre y padre de una familia numerosa, hasta su muerte. A los setenta años comenzó a escribir la historia de la conquista por no tener "otra riqueza que dejar a mis hijos y descendientes, salvo esta mi verdadera y notable relación".

Parece que la tarea consumaba mas de catorce años de su vida puesto que dice, en su nota preliminar " soy viejo de más de ochenta y cuatro años y he perdido la vista y el oír".

Se dice que habían caído en sus manos las crónicas de Paulo Giovio, López de Gómara y Gonzalo de Illescas, y, advirtiendo que era común en todos la tendencia de reconocer el mérito y dar la gloria de la conquista de manera exclusiva a Cortés, se enojó y resolvió escribir una historia suya, para dar gloria a sus compañeros y para rectificar los errores de los otros cronistas.

Es creencia general que escribió Bernal Díaz su Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España "sin acopio de documentos y fiado tan sólo en su portentosa memoria", pero en adición a las crónicas antedichas

creyó que tenía aprovechables, como referencias, las cartas de Cortés, o, por lo menos, la segunda, tercera y cuarta. Estas fueron impresas en España "a poco de escritas, y leídas con avidéz en Europa" y es posible que Bernal Díaz quisiera rectificar los errores de estas también. Hay tantos acontecimientos relatados por Bernal Díaz en casi las mismas palabras de Cortés, que es imposible atribuirlo a la portentosa memoria de Bernal Díaz. También a través de la relación de Bernal Díaz hay mucha confusión de nombres de lugares, lo que indica falta de memoria perfecta, y errores de lugar y fecha, como, por ejemplo, la relación de la ascensión al Popocatepetl, que relata Bernal como habiendo sucedido, los españoles estando en Tlaxcala, pero en verdad debe haber ocurrido al salir de Cholula, como dice Cortés. Sin embargo, la historia de Bernal Díaz sí rectifica muchos de los errores de Cortés, y especialmente los de exageración. Hay en ella el deseo de imparcialidad y de justicia. El carácter de Bernal Díaz mismo se muestra con claridad en su relato como el de un simple soldado viejo, simpático, leal, paciente, valiente y orgulloso de su raza y de las hazañas de los soldados de su raza.

Escrita la historia en estilo rudo, el autor, no obstante, (demuestra) haber sido un hombre no desprovisto de cultura. Cita a Julio César (Cap. LIX) y con frecuencia hace referencia al libro de Amadís. Y como se había dicho, revela mucho del carácter de Cortés, mostrándose haber sido cruel, codicioso, injusto y engañoso para

con sus soldados y, paradójicamente, a veces magnánimo y justo para con los indios. Sobre todo revela cuán gran conductor de hombres fué Cortés, el que pudo exigir lealtad y respeto de sus hombres después de haberlos despojado de sus cuotas de oro y de sus mujeres (Bernal Díaz Cap. CXXXV).

Haber escrito y terminado su prodigiosa obra, siendo tan avanzada su edad, y a pesar de sus debilidades físicas, es cosa maravillosa. Hubo de ser impulsado por una fuerza tremenda. La explicación bien puede ser la de Carlos Pereyra, quien lo atribuye a la indignación. Este dice: "La ocasión de su libro revela no sólo una resolución y un método, sino algo temperamental. Un escritor elegante, cortesano y de tendencias, Francisco López de Gómara, había escrito la historia de la conquista de México, para engrandecer al venturoso capitán, Hernán Cortés. Los que con él militaron solo figuraban para que se destacara el jefe. López de Gómara es el tipo del biógrafo que reduce los hechos excepcionales a la acción individual de un héroe. Bernal Díaz del Castillo vindica la potencia de la intervención anónima y toma la pluma como soldado que es, para decir lo que se debe a la masa. Si hubiera más de nueve musas, asignaríamos a Bernal Díaz la de la indignación. Ella le dicta su libro".

A través de su relación Bernal Díaz da crédito a los soldados por muchos de los éxitos de Cortés. Según dice él, muchas de las resoluciones importan-

tísimas de Cortés fueron aconsejadas por "la mayoría de nosotros los soldados", como, por ejemplo, la resolución de quemar los barcos y la decisión de marchar rumbo a la ciudad de México. Es mi opinión que aquella creencia de Bernal Díaz indica de manera clara la grandeza de Cortés. El mismo tomó las resoluciones de importancia, pero hizo creer a sus soldados, que eran resoluciones propias de ellos. A veces parece que era en Bernal Díaz un conflicto entre su amor a la verdad y su lealtad para con Cortés. Y aunque la verdad triunfe, y le hace señalar los defectos humanos y los errores de su jefe, no le deprecia mucho, ni quiere deprimirle; pero, al contrario, siempre se muestra orgulloso de la sabiduría y el heroísmo del caudillo.

Claro es que estamos adeudados a la indignación, al anhelo de Bernal Díaz de corregir los errores, si no de Cortés, los de López de Gómara, de Paulo Grovio y Gonzalo de Illescas, para la magnífica historia suya.

Cortés, siendo el primer historiador de la conquista, no escribió para corregir los errores de otros. Pero su historia puede calificarse como parcial en el sentido de que escribiéndola, rindió gran servicio a sí mismo. En primer lugar, tuvo que justificarse, en su primera carta, por su falta de lealtad para con Diego Velázquez ante el juicio de Carlos V. Posteriormente tuvo que defenderse contra

las acusaciones de sus enemigos numerosos, de deslealtad al rey. Como ya se señaló, a través de todas las cartas exageró mucho sus propios hechos. Si se le hacen cargos por que las cartas de relación no constituyen una historia imparcial de la conquista hay que acordarse que él no tuvo la intención de escribir una historia verídica, sino, más bién, un informe, a su rey, de sus conquistas militares y de sus descubrimientos geográficos, y si dejó de dar crédito a sus soldados, como es señalado por Bernal Díaz, hay que reconocer que, como todos los grandes caudillos militares, Cortés se encontró listo para echarse la culpa en el caso de un fracaso, y sin duda, creyó que tenía el derecho de recibir todo el crédito por cualquier éxito que pudiera lograr.

Tanto Bernal Díaz del Castillo como Hernán Cortés nos pintan pormenores relativos a los usos y costumbres públicos y domésticos de los indígenas, como fueron vistos por los ojos de los españoles que primero llegaron. Y especialmente nos descubren la grandeza del imperio de Moctezuma y las maravillas de la gran ciudad de Tenochtitlán.

Estos dos extraordinarios historiadores de la conquista, pues, nos han dejado obras maravillosas y únicas en su género, que pintan las instituciones, personajes y costumbres de los países sojuzgados, así como las fabulosas hazañas de los conquistadores.

C A P I T U L O II.

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS.

Si la indignación le dictó lo que escribió Bernal Díaz del Castillo, igualmente la indignación, aliada con el amor le dictó lo mucho que escribió Fray Bartolomé de Las Casas, aquel apasionado historiador de las conquistas y de la destrucción de los indios.

Este gran apóstol y defensor de los indios nació en Sevilla el año de 1474. Su padre, Antonio de Las Casas, era soldado de marina quien había apoyado a Cristóbal Colón al salir éste del puerto de Palos en 1492. En el segundo viaje de Colón el padre de Las Casas le acompañó y por eso fué uno de los primeros descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo.

Regresó a Sevilla en 1498, época en que el joven Bartolomé se dedicaba al estudio de derecho en la Universidad de Salamanca. Ya había éste cursado el estudio del latín, dialéctica, lógica, física, metafísica y ética. Al padre de Las Casas Cristóbal Colón le regaló un indio como esclavo, y éste último tenía Bartolomé a su lado, como criado, en la Universidad. Las tristes relaciones que le contó el esclavo de los actos de los conquistadores y sus gentes contra los indios del nuevo mundo influyeron mucho en los pensamientos y en el curso de la vida del joven Bartolomé. Las Casas partió para América en compañía de Ovando el Comendador, que iba despachado de

Gobernador a la isla Española en 1502. No tenemos noticias sobre Las Casas durante los ocho años que siguieron, pero se deduce que aunque simpatizara con la condición dolorosa de los indios, no se sintió capaz para mudarla por sí mismo, y que se dedicó, igualmente con los otros españoles, a ganar riquezas. En el año 1510, al llegar de España unos frailes de la Orden de Santo Domingo para fundar un convento, Bartolomé de Las Casas fué ordenado sacerdote, y allí, en la ciudad interior de La Vega, dijo su primera misa, que fué también la primera misa nueva que se celebró en América.

Poco después fué nombrado D. Diego Velázquez para gobernar y poblar la isla de Cuba, y éste apreciando la virtud y el talento de Las Casas, le llevó consigo a la expedición que emprendía.

Llegado a Cuba fué despachado Las Casas con Pánfilo Narvaez a las tierras interiores de la isla con objeto de pacificarlas, y entonces, en el pueblo de Caonao, presenció, según nuestras noticias, su primera matanza de indios. En esta ocasión, según nos dice el mismo Las Casas, destrozaron los españoles, sin ninguna causa, y sin respeto ni a la edad ni al sexo, cerca de tres mil indios, y no quedó "ni piente ni mamante". Las Casas se afanó en vano por protegerlos y salvarlos; eran inútiles sus pequeños esfuerzos contra el anhelo vehemente de la sangre de los españoles. El horror y la indignación inflamaron el pecho del clérigo e influyeron más tarde en su resolución de consagrar su vida al mejoramiento de la situación de los indios.

Pero todavía no tomó a pecho su especial apostolado. Como recompensa de sus servicios en las expediciones de Diego Velázquez, éste regaló a Las Casas un repartimiento de tierras e indios en el puerto de Sagua, donde más tarde fundó Velázquez la villa de Trinidad. Entonces se dedicó Las Casas a los intereses puramente materiales, a la agricultura, a la arquitectura y a la minería, y al mismo tiempo se distinguió por su humanidad y su bondad para con los indios esclavos que le habían encomendado bajo su dirección.

En el año de 1514 teniendo que prepararse para predicar en el día de la Pascua, y estudiando los sermones, se entregó a profundas meditaciones, como resultado de que decidióse a dar libertad a sus esclavos y abandonar el repartimiento, para dedicar la vida a defender a sus amados indios, un proyecto que bien podía entonces pasar por locura.

Empezó a predicar y aconsejar en contra de la esclavitud y de las encomiendas de indios, pero su elocuencia no hizo sino una pasajera impresión sobre sus oidores, ni daban otro resultado sus pláticas que ofender a los pobladores y a los oficiales públicos, convirtiéndolos en enemigos suyos, cosa que iba a experimentar y sufrir a través de su vida en las colonias. Entonces se resolvió a ir a España para solicitar la ayuda de personas de importancia para su causa, y en 1515 se embarcó en el primero de sus muchos y peligrosos viajes a través del Atlántico, de

carácter de cruzada. En España consiguió lo que deseaba; tuvo una larga entrevista con el Rey Católico y le contó la tiranía y opresión que sufrían los indios, los males e injusticias que se perpetraban en las colonias y la mortandad que había de indios, ocasionada por las crueldades que sufrían. Esto produjo en el monarca impresión muy favorable y éste le prometió poner remedio a tantos agravios y males; pero desgraciadamente falleció D. Fernando el Católico antes de que pudieran darse las disposiciones necesarias para asegurar el triunfo de la causa de Las Casas. Este hecho obligó a Las Casas a formar nuevos y diferentes planes para conseguir sus deseos. Ganó nuevos y poderosos partidarios, y consiguió que se mandasen al nuevo mundo una comisión imparcial para investigar las cosas. Con esto quedó bien satisfecho Las Casas, y se embarcó otra vez para la Española para apoyar a la comisión y para aconsejarles en su trabajo.

Tan profundo respeto había despertado Las Casas en los ánimos de todo el mundo en España por sus esfuerzos desinteresados en pro de los indios que le había concedido la Majestad Real el título y empleo de "Protector Universal de todos los Indios de las Indias", título antes desconocido, y desconocido después de Las Casas.

Sin embargo el trabajo de la comisión "imparcial" quedó infructuoso. Habiendo llegado a las colonias, sus pensamientos pronto fueron corrompidos por los pobladores y oficiales públicos, y llegaron a calificar a los indios

como salvajes fieras y a Las Casas como hombre fanático. No le quedó a Las Casas más remedio que emprender otro viaje a España para contarle al Rey todo lo que había sucedido y, con este fin salió de Santo Domingo en el mes de mayo de 1517, y en el mes de julio llegó a España.

Como antes fué oído con simpatía por el rey y por sus ministros, pero también sufrió muchos contratiempos y no llegó a conseguir que se tomaran medidas efectivas para corregir los males de que se quejaba. En aquella época, por falta de más remedio, Las Casas abogó por la **introducción** de esclavas negras en América, creyendo que así aliviaría la condición de sus débiles indios.

Mas tarde él mismo lamentó este consejo, reconociéndolo como un error. Sin embargo no es justa la acusación contra Las Casas de haber sido el causante de la introducción de esclavas negros en América, puesto que en 1510 el rey D. Fernando envió cincuenta esclavos negros para trabajar las minas de Española.

Volvió Las Casas a América y persiguió sus esfuerzos para la libertad de sus indios así como para civilizarlos y convertirlos al cristianismo; pero se encontró rodeado de tantos enemigos y sufrió tantos trastornos que se acogió al convento de los Padres

de Santo Domingo como un refugio, ansioso de consuelo, y allí tomó el hábito en el año de 1522.

Estando en el Monasterio se dedicó Las Casas a escribir su Historia de los Indios, obra que acabó pocos años antes de su fallecimiento en 1561. Se quedó cerca de siete años en el Monasterio, ocupado de otros varios trabajos, escribiendo y estudiando.

En 1530 embarcó nuevamente para Europa, donde predicó en la Corte de España con general aceptación y además negoció una Real Cédula para los capitanes generales del Perú en la que se les mandaba terminantemente de que manera pudiesen hacer esclavos en sus provincias. Volvió Las Casas a la Española y entonces, cerca de 1531, pisó la tierra de México por primera vez. Pero no hubo de tardar mucho aquí. Fué mandado al Perú con motivo de la notificación de la Cédula Real referente a la libertad de los indios.

Atravesó toda la Nueva España hasta Nicaragua, donde embarcó en un navío para el Perú, donde los capitanes D. Francisco Pizarro y D. Diego de Almagro le prometieron guardar y obedecer las Cédulas. Entonces volvió Las Casas a la Española, pasando por Panamá y Nicaragua. Trabajó hasta 1539 en Santo Domingo, Nicaragua, Guatemala y México, y, en aquel año viajó otra vez a España, donde desarrolló entonces la obra

mas importante de su vida. Desplegó en la corte de Madrid su acostumbrada actividad; lució de nuevo su elocuencia irresistible y consiguió que fuesen expedidas muchas providencias por el gobierno a favor de los indios. Además escribió su obra maestra, la "Brevisima Relación de la Destrucción de las indias". Vamos a ocuparnos largamente sobre ésta obra importantísima y la más conocida de todas las obras del apóstol. Este libro, destinado al exámen del emperador Carlos V, y de sus ministros, no se imprimió hasta 1552, pero causó enorme sensación en su tiempo, y, hasta nuestros días ha levantado una tempestad de horror e indignación contra los conquistadores, y por su eficacia contra la esclavitud solo puede compararse con la obra inmortal de Harriet Beecher Stowe que se titula "Uncle Tom's Cabin". Calificada como obra parcial en favor de los indios y en contra de los Españoles, llena de exageraciones, llamada un doctrinario "fanático", "mentiroso", y condenada por la mayoría de los historiadores contemporáneos como relato fuera de creencia, la obra, sin embargo, contiene mucho de la verdad. Ha sido traducida a los principales idiomas del mundo. Existen más de diecinueve ediciones en italiano, latín, holandés, flamenco, alemán, francés e inglés. Desvirtuando a muchos de los héroes populares de sus tiempos, exigió de su autor no poco de valor al escribirlo. A través del libro la fuerza del lenguaje empleado indica que Las Casas escribió lleno de

una indignación casi sin límites. No es posible describir el carácter de este libro inmortal sin citar algunos pasajes sobre los acontecimientos de la conquista. Dice de lo que se cometió en Santo Domingo:

"De la gran Tierra Firme, somos ciertos que nuestros españoles, por sus crueldades y nefandas obras, han despoblado y asolado, y que están hoy desiertos, estando llenos de hombres racionales, más de diez reinos mayores que toda España, aunque entre Aragón y Portugal en ellos, y más tierra que hay de Sevilla a Jerusalén dos veces, que son más de dos mil leguas. Daremos por cuenta muy cierta y verdadera que son muertas en los dichos cuarenta años, por las dichas tiranías é infernales obras de los cristianos, injusta y tiránicamente, más de doce cuentos (mil millares) de ánimas, hombres, mujeres y niños; y en verdad que creo, sin pensar engañarme, que son más de quince cuentos".

"En la isla Española que fué la primera, donde entraron cristianos y comenzaron los grandes estragos y perdiciones destas gentes, y que primero destruyeron y despoblaron, comenzando los cristianos a tomar las mujeres é hijos a los indios para servirse y para usar mal dellos.....Los cristianos dábanles de bofetadas y de puñadas y de palos, hasta poner las manos en los señores de los pueblos, y llegó esto a tanta temeridad y desvergüenza, que al mayor rey y señor de toda la isla

un capitán cristiano le violó por fuerza su mujer".

"Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría el hombre de por medio o le cortaba la cabeza de un piquete o le descubría las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres por las piernas y daban de cabeza con ellas en las peñas. Otros daban con ellas en ríos por las espaldas, riendo y burlando, y cayendo en el agua decían "bullis, cuerpo de tal". Otras criaturas metían a espada con las madres juntamente y todos cuantos delante de sí hallaban".

Sobre lo que hizo Hernán Cortés y su gente en México, describe Las Casas:

"Habíanles pedido cinco o seis mil indios que llevasen las cargas; vinieron luego todas y métenlos en el patio de las casas. Ver a estos indios cuando se aparejan para llevar las cargas de los españoles es haber dellos una gran compasión y lástima; porque vienen desnudos en cueros, solamente cubiertas sus vergüenzas y con unas redecillas en el hombro con su pobre comida; pónense todos en cuclillas como unos corderos muy mansos. Todos ayuntados y juntos en el patio con otras gentes que revueltas estaban, pónense a las puertas del patio españoles armados que guardasen, y todos los demás echan manos a sus espadas y meten a espada y lanzadas todas aquellas ovejas, que uno ni ninguno pudo escaparse que no fuese trucidado. A cabo de dos o tres días salían

muchos indios vivos llenos de sangre que se habían escondido y amparado debajo de los muertos (como eran tantos) iban llorando ante los españoles pidiendo misericordia que no los matasen, de los cuales ninguna misericordia ni compasión hubieron, antes así como salian los hacían pedazos. A todos los señores, que eran más de ciento y que tenían atadas mandó el capitán quemar y sacar vivos en palos hincados en la tierra. Pero un señor, y quizá era el principal y rey de aquella tierra, pudo salvarse, y recogióse con otros veinte, treinta o cuarenta hombres al templo grande que allí tenían, el cual era como una fortaleza, que llamaban "que", y allí se defendió gran rato del día. Pero los españoles, a quien no se les ampara nada, mayormente en estas gentes desarmadas, pusieron fuego al templo y allí los quemaron dando voces "¡Oh, malos hombres! ¿Qué os hemos hecho? ¿Por qué nos matais? Andad, que a México iréis, donde nuestro universal señor Montezuma de vosotros nos dara venganza". Dícese que estando metiendo a espada los cinco o seis mil hombres en el patio, estaba cantando el capitán de los españoles:

"Mira Nero de Tarpeia

"A Roma como se ardía

"Gritos dan niños y viejos

"Y de nada se dolía".

Tan semejante es este último relato al de Hernán Cortés mismo, sobre la matanza de Cholula, que muy bien podemos disculpar a Las Casas del cargo de ser exagerador. Cortés dice que en Cholula después de dos horas de matar,

su gente mató a más de tres mil indios, y que no terminó la matanza hasta casi cinco horas. Sin embargo, el celo de Las Casas le cegaba a veces, y a este mismo cuento le falta completamente la imparcialidad. Cortés y Bernal Díaz explican muy bien que era necesario el castigo de los de Cholula por haber conspirado el exterminio completo de los españoles. No hay mucho de exagerado en la declaración de Las Casas en cuanto a que los conquistadores habían despoblado de indios las islas del Nuevo Mundo. Ya sabemos que tuvieron que llevar esclavos negros de Europa y del Africa para trabajar las minas. También queda establecido que llevaron millares de esclavos indios desde México, Nicaragua y Guatemala hasta Española para reemplazar a los que murieron. Sin embargo el viajero en Santo Domingo, Haití, Puerto Rico o Cuba hoy no puede descubrir ni una gota de sangre india en los habitantes. La raza aborígen ha desaparecido totalmente en las antillas.

Poco tiempo después de haber escrito Las Casas su tan notable libro sobre la destrucción de las indias escribió una Memoria titulada "Veinte Razones" con el fin de servir de informe destinado a una junta que iba a celebrarse en Valladolid en el año de 1542, para reformar los abusos de los cuales Las Casas siempre se quejaba. En esta obra el Protector de los Indios combate el abuso de donar los indios a particulares ^{en} encomiendas. Dice que los españoles pobladores no se hallan

en condiciones de enseñar virtudes a los indios ni las verdades del cristianismo. Establece que el único medio de cimentar la paz entre los indios y los españoles es declarando que los unos son tan libres como los otros, que todos componen una familia de hermanos unidos por los lazos de la humanidad. Afirma que los españoles eran los enemigos mortales de los indios, y, por lo tanto, incapaces de ocuparse de instruirlos y que si no se devuelve la libertad a los indios se despoblarán las Américas y se perderán para España. Después de examinar esta memoria la junta publicó en Valladolid las "Nuevas Leyes de Indias". En ellas se deja ver la gran influencia que debió haber ejercido Las Casas en su confección. Pero desgraciadamente no tuvieron gran éxito las nuevas leyes. En América era más notable el descuido de ellas que la obediencia y era tal la resistencia en todas partes que el rey se había visto obligado a revocarlas.

Al regresar a América como obispo de Chiapas, recibieron a Las Casas peor que nunca. Habían llegado las Nuevas Leyes de Indias, y todos sabían perfectamente quien había sido el principal promovedor y abogador de ellos. Tales eran la antipatía y aversión de los pobladores españoles contra Las Casas que de día en día iban creciendo el odio en contra de él, hasta que se encontró a veces en peligro de su vida. Como obispo no cambió Las Casas su manera de vivir de ningún modo. Andaba descalzo, sufriendo incomodidades y privaciones, y quedó el prela-

do simple, modesto y humilde. El acto más notable de su obispado fué su suspensión de la absolución a los que tenían esclavos. Por eso su nombre se pronunciaba con execración en todas las colonias. Revocadas las nuevas Leyes de Indias, y encontrándose incapáz de continuar sus políticas contra la esclavitud, renunció el obispado de Chiapas y fué a México, y, poco después en 1547, regresó a la Península por la última vez.

No volvía, por cierto, triunfante de América, sino más bien como un acusado, rodeado de odios, de preveniciones y de enemigos, un verdadero mártir de la caridad. A través de cuarenta y nueve años de su vida había cruzado el océano Atlántico catorce veces, la mayoría de aquellos entonces peligrosos viajes hechos en pro de su cruzada contra la esclavitud.

En España Las Casas compareció delante del Consejo de Indias, respondiendo allí de palabra a todas las acusaciones que se habían preparado contra él. Entonces, radicado en el colegio dominico de San Gregorio de Valladolid, se dedicó a la escritura, no solo para terminar su Historia de las Indias, sino también para producir nuevos tratados sobre la condición de los indios y la manera de corregirla. En estas escrituras es muy notable para aquella época señalar que Las Casas manifiesta tendencias hacia la libertad de cultos, eso es a respetar cualquier religión que los hombres tengan de buena fé, para no imponer-

les, por la fuerza, la religión católica.

En esa época también escribió la que probablemente es su obra de segunda importancia, es decir segunda solamente a la "Destrucción de las Indias". Este pequeño tratado, llamado "Derecho Público" le señala como el pensador más adelantado de sus tiempos. Las ideas y máximas fundamentales que abraza este trabajo sobre el derecho de gentes, derecho individual y constitucional, obligaciones de reyes y gobiernos, el derecho de propiedad de los terrenos de personas particulares, y otras ideas liberales pueden muy bien servir como base a la constitución más democrática de hoy. No se publicó este tratado hasta el año 1571, esto es cinco años después de la muerte de Las Casas, pero tenía gran importancia la obra en estos días de autoridad absoluta de los monarcas. Muy pronto se dieron a luz no menos de seis ediciones, escritas en Alemán, Francés y Español, y a través de los siglos la doctrina de Las Casas establecida en este tratado ha sido citada por centenares de pensadores liberales.

En su trabajo en las Colonias Las Casas siempre abogaba por la subyugación, cristianización y civilización de los indios por métodos pacíficos, afirmando que solo sobre bases de amistad, amor, y las doctrinas cristianas se podía establecer la paz y la civilización permanente. Y no solo predicó estas doctrinas sino las practicó. El tuvo dos notables éxitos al mostrar qué tan prácticas eran sus ideas:

Hacia el año de 1533, estando Las Casas en Nicaragua,

ocupado en instruir a los naturales en la fé, recibió una carta del Presidente de la Audiencia de Santo Domingo, pidiéndole con urgencia que partiera en seguida para Española, donde era sumamente necesaria su presencia. Allí, en las montañas hacía catorce años que el rebelde cacique, Don Enrique, había desafiado a los Españoles, derrotando todas las expediciones militares enviadas a bubyugarle. Tuvo una fuerza considerable de indios, armados con lanzas, arcos, flechas, y lo demás con lo que pudo equiparlos, un verdadero ejército disciplinado, y tantos eran sus éxitos en el campo de batalla que iban los soldados españoles de mala gana para combatirlos. El Presidente de la Audiencia deseaba, sobre todas las cosas, que, por medio de la intervención e influencia de Las Casas, se terminase por completo la rebelión. Llegado Las Casas se mostró muy listo para emprender la tarea, y no quiso emplear más medios que la persuasión y el cariño para reconciliar a los indios, y salió acompañado sólo por otro fraile, a buscar al cacique. Le halló después de caminar mucho tiempo, y, después de una estancia de varias semanas con el rebelde, triunfó, por fin, la elocuencia irresistible del valeroso fraile, y el cacique, D. Enrique, se entregó, con toda su gente, y quedó desde entonces, en paz y amistad con los Españoles.

En otra ocasión fué llamado Las Casas a ayudar en la subyugación de la Tierra de Tuzulutlán, o "Tierra

de Guerra" de Guatemala, país montañoso y fiero, cuyos habitantes eran bravos y feroces y habían resistido con valor a los Españoles. Aquí también expediciones militares han resultado un fracaso, quedando los indios siempre victoriosos. El sistema de Las Casas para sojuzgarles fué interesante y curioso. Compuso en la lengua del país unos versos en que describió la creación del mundo y todas las doctrinas de la iglesia católica. Puso, entonces, estos versos en música, y los enseñó a algunos indios cristianos que iban a la tierra de Guerra ocupados en el comercio, para que éstos los cantaran en dicha tierra. Esto sucedió, y el interés de los indios guerreros se despertó. Los indios comerciantes les dijeron mucho de la bondad y el cariño de los frailes, con el resultado de que estos se admitieron en la Tierra de Guerra para enseñar y predicar, y pronto quedaron las tierras pacificadas.

Las Casas consiguió, por su influencia en España, muchos privilegios para la gente de Tierra de Guerra, para con los que sintió mucha afición y responsabilidad, y sobre quienes se nombró protector especial.

A pesar de la edad avanzada de Las Casas después de su último viaje, continuó luchando y escribiendo en contra de las encomiendas de indios, pero por fin cayó gravemente enfermo, y, a fines de Julio de 1566, falleció en el Convento de Atocha, a la edad

de noventa y dos años aproximadamente.

Larga y útil había sido la vida del venerable y enérgico Las Casas. No cabe duda de que él sólo es el responsable del hecho de que no quedaran en esclavitud los indios, y que no se exterminara por completo la raza indígena. Aunque no faltaron en aquellos tiempos religiosos y seculares que simpatizaran con los indios y desearan su alivio, ninguno tenía su valor, su actividad, su perseverancia y su gran influencia, ante los reyes, para conseguir sus fines.

Innumerables y poderosos fueron sus enemigos que durante su vida le atacaron, y los historiadores de su tiempo le honraron poco.

El más moderado de éstos, Antonio de Solís, dice que Las Casas "cuidaba menos de la verdad que de la ponderación, solicitando el alivio de los indios y encareciendo lo que padecían.....Los más de nuestros escritores lo convencen de mal informado en esta y otras enormidades que dejó escritas contra los españoles. Dicha es hallarle impugnado, para entendernos mejor con el respeto que se debe a su dignidad".

Otros fueron mucho más severos en sus juicios. Bernal Díaz le odió; Francisco López de Gómara no perdió ocasión de mostrarse hostil a Las Casas; Fray Toribio de Benavente y el obispo Marroquín censuraron acre-

mente los actos del apóstol, y a todos les faltó imparcialidad. Existía mucho más tarde gran diferencia de opinión sobre la calificación de la obra de Fray Bartolomé. D. Joaquín García Icazbalceta dice que le tiene por un héroe, pero le faltaba por completo la cualidad de la prudencia, que llevó su teoría hasta la exageración, que trató de destruir la sociedad, y, más, culpa a Las Casas, o, mejor dicho, a las "Nuevas Leyes" de éste, de encender en el Perú una guerra civil, llena de crímenes y horrores, en que los Indios padecieron cruelmente. En cambio atribuye a Las Casas el mérito de haber salvado de la destrucción algunos millones de indígenas.

A pesar de su exageración, que llegaba hasta el ridículo, según Icazbalceta, la obra de Bartolomé de Las Casas, su apostolado seguido de buena fé, y por causa justa, vivió y logró hacer mucho de bueno, y aún hoy los que luchan en favor de los indios se aprovechan de sus ideales y llevan a cabo sus propósitos.

C A P I T U L O I I I .
- - - - -

ALGUNOS OTROS CRONISTAS.
- - - - -

Ya hemos mencionado a Francisco López de Gómara, el primer historiador verdadero del nuevo mundo, él que escribió el relato de la conquista que tanto le enfureció a Bernal Díaz.

Nacido en Sevilla en el año de 1510 Gómara pertenecía a una antigua y distinguida familia. Era sacerdote y profesor de retórica en la Universidad de Alcalá. Al servicio de Cortés al regresar éste a España hacia 1540, como capellán y secretario, y en su amistad con otros muchos aventureros y navegantes distinguidos del Nuevo Mundo, oyó y aprendió mucho de los descubrimientos y de las conquistas. Sus dos obras oportunas, la "Historia General de los Indios", y la "Crónica de Nueva España", fueron leídas con anhelo en toda Europa, siendo las primeras obras publicadas sobre el asunto que tanto interesaba a todo el mundo, y se imprimieron dos ediciones casi en seguida, traduciéndose al mismo tiempo al inglés, al italiano y al francés. Hubo por lo menos cinco ediciones en italiano, cinco en francés y una en inglés. Pero no resultaron de ningún valor permanente, estando llenas de grandes y frecuentes errores e inexactitudes. El nunca había estado en América y por lo tanto no sabía,

directamente las cosas de las que escribió sino que las conoció solo de oídas. Los datos que recibió de Cortés y de otras personas muy íntimamente relacionadas con los hechos no pudieron ser, por la naturaleza de sus fuentes, imparciales. Su "Crónica de Nueva España" no fué más que la historia y vida de Cortés, y su propósito al escribirla no fué nada más que ensalzar y agigantar a Hernán Cortés. Siendo, entonces, la primera historia real sobre México, era también la primera historia parcial, escrita con prejuicio notable. Sin embargo hay que hacer éncapié otra vez sobre el hecho de que es muy probable que Bernal Díaz nunca hubiera escrito su obra magnífica si antes no se hubiese escrito la de López de Gómara. Este fué el que primero reconoció el valor literario y el interés humano e histórico que hubo de tener el relato de la conquista, y él, pues, fué la inspiración que hizo que otros la escribieran, y por eso le debe mucho el mundo. Aunque su obra sea parcial, López de Gómara dejó escrito el punto de vista, tan importante, de Cortés, y, en forma de biografía de éste nos dejó muchos datos que, de otro modo, habrían quedado desconocidos.

Sus obras, algo mutiladas, fueron publicadas en México, en 1826, por D. Carlos María de Bustamante y figuran en la bibliografía de todas las historias que se han escrito sobre México.

Cuando murió Cortés, López de Gómara continuó

sirviendo a su hijo. Tenemos noticias de que estuvo en Valladolid por el año 1557, pero faltan por completo más datos sobre su vida, ignorándose absolutamente el año y lugar de su muerte.

El único en su género, historiador de la conquista, fué el llamado "Conquistador Anónimo". Es único en su género por haber escrito sobre la conquista de manera absolutamente imparcial y sin ganas de enaltecer a nadie, ni aun a sí mismo. Dejando a un lado los acontecimientos y los éxitos militares, este compañero de Cortés trata en su obra solamente de las costumbres, las armas, la comida, la religión, los edificios y las artes de los habitantes de la ciudad de México. Se ignora el nombre del autor así como el título español de la obra, y este precioso documento se habría perdido, si no tuvieramos una traducción italiana, por Juan Bautista Ramusio. De poco valor histórico, por no aumentar nuestros conocimientos sobre los hechos de la conquista, sin embargo es un documento de gran interés por los pormenores que contiene sobre la civilización de los indios y es una de las tres principales fuentes de lo poco conocido acerca de las artes de los indígenas.

La edición italiana de Ramusio se titula "Relazione d'un gentiluomo di Ferdinando Cortés". Hay una traducción publicada en francés por Mr. Ternaux-Compans,

y otra en español por Joaquín García Icazbalceta, publicada en México en 1858, en su "Colección de Documentos para la Historia de México".

Muchos investigadores han intentado descubrir el nombre del "Conquistador Anónimo", a quien el historiador Francisco Javier Clavigero fué el primero en darle este nombre, pero sin éxito, y el sobrenombre con que Clavigero le bautizó ha prevalecido. D. Carlos de Bustamante creía, con poca razón, que el anónimo había sido Francisco de Terrazas, Mayordomo de Cortés, pero Icazbalceta y otros han refutado con buen resultado, sus argumentos. Pero sea quien fuere, es cierto que él fué hombre que quiso quedar en la obscuridad. Ni puso su nombre a su obra ni dió clave, dentro de la relación, a su identidad. Además era hombre de cultura y su pequeño tratado nos da una obra de autenticidad sobre la grandeza de la ciudad de Tenochtitlán.

Cronista de la época que siguió a la terminación de la conquista militar, en la que espezó la obra de civilización y conversión de los indígenas, era Fray Toribio de Benavente. Existen pocos datos sobre su juventud con la excepción de que fué originario del pueblo de Benavente, en la provincia de Zamora, donde nació hacia los fines del siglo XV.

Cambió su verdadero nombre de Toribio Paredes en favor del de su pueblo natal, según costumbre de en-

tonces, y, al pasar a la Nueva España, en 1524, entre los primeros religiosos franciscanos que vinieron, lo cambió por la segunda vez a "Motolinía", siendo este el nombre que los indios les dieron a los franciscanos al ver la pobreza de sus vestidos, palabra que en el idioma de los de Tlacala quería decir "pobres".

A poco de llegar Motolinía aprendió la lengua mexicana, de la que llegó a ser gran maestro, y se dedicó a predicar y a enseñar a los indios, así como también a protegerlos, en cuanto era posible, contra la opresión. Este último trabajo, el de proteger a los indios, efectuó más por medio de la acción que por la pluma. Pugnó contra las injusticias de la autoridad española para con los indígenas, y, en 1529, dió asilo en su Monasterio a los principales caciques, con sus mujeres e hijos, para impedir que se les apresase por orden de la Audiencia. Como resultado de su lucha contra el despotismo de aquella época, se le acusó en el mismo año de conspirar contra la autoridad. Es fácil entender esto, puesto que todavía en aquellos años los españoles vivían constantemente con el temor de un levantamiento de los naturales, y a veces los misioneros, por su cariño para con los indios, y su actitud en defenderlos de los excesos de los encomenderos, parecían animar las sublevaciones.

Su tarea le llevó a través de todas partes de

la Nueva España, Guatemala, Nicaragua y Yucatán, ocupado en la predicación y el bautismo de los indios, de quienes bautizó por él sólo más de cuatrocientas mil personas. Andaba a pié por centenares de leguas, a veces descalzo. "Es menester", dice, "que los frailes suban a las nubes, que por ser tan altos los montes están siempre llenos de nubes, y otras veces tienen de abajar a los abismos, y como la tierra es muy doblada y por la humedad por muchas partes llena de lodo y resbaladeros, aparejados para caer, no pueden los pobres frailes hacer estos caminos sin padecer en ellos grandísimos trabajos y fatigas". Es cierto que el buen fraile reduce al mínimo las penalidades que sufriría. ¿Cuál de los que hoy abogan en favor de los indios sufriría tantos trabajos?

Tuvo Motolinía parte principal en la fundación de la ciudad de Puebla, la que él mismo llamó "de los Angeles", y en la que dijo la primera misa en 1530.

Entre su gran trabajo como misionero y civilizador se dedicó mucho tiempo a la escritura, y es una de las principales fuentes de datos sobre antigüedades aztecas. Sus obras más importantes e interesantes son su "Historia de los Indios de Nueva España", y su "Carta al Emperador Carlos V", fechada en Tlascala el día 2 de enero de 1555. La primera trata principalmente de la raza azteca, de sus costumbres antiguas, su conversión, las nuevas costumbres adoptadas con la nueva fé, de sucesos contemporáneos y de la historia natural del país. Es una historia

escrita sin interés personal (ni aún quiso Motolinia poner su nombre a la obra), imparcial, y exacta. No afirma, dice Carlos González Peña, sino aquello de que por personal experiencia está convencido. Por otra parte la segunda obra, la carta a Carlos V, es obra sumamente parcial. Nos revela un aspecto del carácter de nuestro Fray Motolinia, amargo, lleno de prejuicio, infamatorio y calumnioso. Casi la única cuestión controversial de sus tiempos era la de la esclavitud de los indios. Sobre este asunto Motolinia, en su escritura si no en la acción, se aliaba con los españoles encomenderos. Su carta al rey la escribió con el propósito de desacreditar a Bartolomé de Las Casas, y, tan fuerte es el lenguaje que empleo que es menester citar algunos pasajes para entender el alcance de sus prejuicios y de su parcialidad. Dice... "por mandado de V.M. y de vuestro consejo de Indias, me fué mandado que recogiese ciertos confesionarios que el de Las Casas dejaba acá en esta Nueva España escritos de mano entre los frailes, é yo busqué todos los que había entre los frailes menores y los dí a Don Antonio de Mendoza, vuestro visorey, y él los quemó, porque en ellos se contenían dichos y sentencias falsas y escandalosas. Agora en los postreros navíos que aportaron a esta Nueva España, han venido los ya dichos confesionarios impresos, que no pequeño alboroto y escándalo han puesto en toda esta tierra, porque á los conquistadores y encomenderos y a los mercaderes los llama muchas veces tiranos, robadores, vilentadores, raptos, predones; dice que siempre é cada

día están tiranizando los los indios. Así mismo dice, que todos los tributos de indos son y han sido mal llevados injusta y tiránicamente. Si así fuese buena estaba la conciencia de V.M. pues tiene y lleva V.M. la mitad o más de todas las provincias y pueblos más principales de esta Nueva España, y los encomenderos y conquistadores no tienen más de lo que V.M. les manda dar y que los indios que tuvieren sean tasados moderadamente, y que sean bien tratados y mirados, como por la bondad de Dios el día de hoy lo son casi todos, y que les sea administrada doctrina y justicia. Yo me maravillo como V.M. y los vuestros consejos han podido sufrir tanto tiempo á un hombre tan pesado, inquieto é importuno y bullicioso y pleitista en hábito de religión; tan desasosegado, tan malcriado, y tan injuriador y perjudicial, y tan sin reposo. Yo ha que conozco al de Las Casas quince años, primero que á esta tierra viniese, y él iba á la tierra del Perú, y no pudiendo allá pasar estuvo en Wicaragua y no seosegó allí mucho tiempo, y de allí vino á Guatemala, y ménos paró allí y después estuvo en la nación de Guajaca, y tampoco reposo tuvo allí como en las otras partes, y después que aportó a Méjico, estuvo en el Monasterio de Santo Domingo, y en él luego se hartó y tornó á vaguear y andar en sus bullicios y desasosiegos, y siempre escribiendo procesos y vidas ajenas, buscando los males y delitos que por toda esta tierra habían cometido los españoles para agraviar y encarecer los males y pecados que han acontecido; y en esto parece que tomaba

el oficio de nuestro adversario, aunque pensaba ser mas celoso y mas justo que los otros cristianos, y más que los religiosos, y el acá apenas tuvo cosa de religión. Después de esto acá siempre anduvo desasosegado procurando negocios de personas principales, y lo que allá negoció fué venir obispo de Chiapa, y como no cumplió lo que acá prometió negociar, el padre Fray Domingo de Betanzos, que los tenía bien conocido, le escribió una carta bien larga, y fué muy pública, en la cual le declaraba su vida y sus desasosiegos y bullicios, y los perjuicios y daños que con sus informaciones y celos indiscretos había causado por do quiera que andaba, especialmente como en la tierra del Perú había sido causa de muchos escandalos y muertes, y agora no cesa allá de está de hacer lo mismo, mostrándose que lo hace con celo que tiene a los indios, y por una carta que de acá alguno lo escribe, y no todas veces verdadera, muéstrala á V.M. ó á los de su consejo, y por una cosa particular que le escriben, procura una cédula general, y así turba y destruye acá la gobernación y la república, y en esto para su celo. Dice en aquel su confesionario que los encomenderos son obligados á enseñar á los indios que les son encargados, y así es la verdad; mas decir ádelante que nunca ni por entre sueños lo han hecho, en esto no tienen razón, porque muchos españoles por sí y por sus criados los han enseñado según su posibilidad, y otros muchos a do no alcanzan frailes, han puesto clérigos en sus pueblos y ca-

si todos los encomenderos han procurado frailes así para los llevar a sus pueblos, como para que los vayan a enseñar, y no es maravilla quel de Las Casas no lo sepa porquel no procuró saber sinó lo malo y no lo bueno, ni tuvo sosiego en esta Nueva España, ni aprendió lengua de indios, ni se humilló ni aplicó a les enseñar. Su oficio fué escribir procesos y pecados que por todas partes han hecho los españoles, y este es lo que mucho encarece, y ciertamente solo este oficio no le llevará al cielo, y lo que así escribe no es todo cierto ni muy averiguado.... V.M. le debía mandar encerrar en un monasterio para que no sea cabsa de mayores males, que si no yo tengo temor que ha de ir á Roma, y será cabsa de turbación en la corte romana. A los estancieros, calpisques y mineros, llámalos verdugos desamados, inhumanos y crueles; y dado caso que algunos haya habido codiciosos y mal mirados, ciertamente hay otros muchos buenos cristianos y piadosos é limosneros, y muchos de ellos casados viven bien. También dice (Las Casas) que de todo cuanto los españoles tienen cosa ninguna hay que no fuere robada, y en esto injuria a V.M. y a todos los que acá pasaron, así a los que trujeron haciendas como á otros muchos que los han comprado y adquirido justamente, y el de Las Casas los deshonorra por escrito y por impreso. Pues ¿como así se ha de infamar por un atrevido una nación española con su príncipe, que mañana lo leerán los indios y las otras naciones".

Basta la cita anterior de aquel documento histó-

rico de Motolinía para comprobar a todo el mundo que escribió el buen Fray bajo la influencia de una gran cólera, y que enojado por lo que había escrito Las Casas, empleó su pluma para desacreditar a Las Casas. Como terminó su iracunda representación contra Las Casas con un elogio de Hernán Cortés es evidente que el tratado resultó tan parcial como el confesionario de Las Casas. El estudiante imparcial concederá que la verdad yace entre lo que dice Las Casas sobre los indios y lo que escribió Motolinía.

Este tuvo más prudencia en la escritura que en la acción como hemos visto, y parece cierto que aun él mismo no creyó todo lo que escribió. En las palabras de Icazbalceta sobre esta carta de Motolinía: "Es la invectiva más violenta que darse puede contra Fr. Bartolomé de Las Casas, a quién trata de desacreditar por todos caminos. Lástima grande que dos hombres tan eminentes se hallasen en tan completo desacuerdo; y lo peor es que este documento descubre en Motolinía pasiones que en él no quisieramos encontrar".

Falleció Fray Toribio de Benavente el día 10 de Agosto de 1568 y fué enterrado en el convento de México.

Otro e importantísimo historiador de la misma época fué Fray Bernadino de Sahagun, franciscano también, padre y maestro de los indios y conservador de su historia. Tampoco se sabe mucho de su juventud, a excepción de que nació en la población de Sahagún, en el reino de León, hacia el año 1499. Antes del año 1529 tomó el hábito en

el convento de Salamanca donde había estudiado. En aquel año vino a la Nueva España con otros frailes de la misma orden. Hombre aplicado y estudioso sin par, llegó a ser la primera autoridad europea sobre la lengua mexicana. Más que evangelizador y predicador fué maestro. Se dedicó a la enseñanza de indios seleccionados, hijos de caciques principales a quienes enseñó el latín y el castellano y quienes fueron de gran apoyo al franciscano en su obra histórica.

De los primeros años de la estancia de Sahagún en la Nueva España también se sabe poco. Se dedicó al estudio, a la enseñanza y al perfeccionamiento de sus conocimientos de asuntos indios, y especialmente de la lengua. Estuvo en las cimas del Popocatepetl e Iztaccihuatl, siendo él el primero en efectuar esta doble hazaña. Y porque los indios todavía tenían por diosa a la Mujer Blanca, la conquista de ésta por Sahagún les impresionó mucho en contra de la idolatría. Durante la gran peste de 1545 fué trabajador incansable entre los indígenas, y él mismo nos dice que enterró más de diez mil cuerpos. Hacia el fin de la epidemia en 1546 cayó enfermo el padre y durante esta enfermedad poco faltó para que se muriese. Pero se recuperó para continuar la vida consagrada a la instrucción de los naturales. Desde 1547 se ocupó en trabajos históricos, pero en 1558 inició su obra maestra, su "Historia General de Las Cosas de Nueva España". En aquel año reunió

en el pueblo de Tepeapulco diez o doce ancianos principales de la raza indígena con quienes conferenció por casi dos años sobre las antigüedades de México. Sahagún escribió las declaraciones de los ancianos con la ayuda de cuatro estuadiantes latinos, de los mismos que él había enseñado antes. En el año 1560 pasó a Tlateloco, donde también reunió ocho o diez principales, muy bien enterados en las cosas antiguas, y con ellos corrigió y añadió otros puntos a su primer manuscrito. Repitió este proceso más tarde en México, aconsejado por los indios de este lugar, resultando la obra sumamente auténtica. En el año de 1570, la obra, ya terminada y divulgada por toda la provincia, fué conocida por muchos religiosos, y reconocida por todos como auténtica. Perdida entonces y olvidada por más de dos siglos, se descubrió un ejemplar en manuscrito en el convento de los franciscanos de Tolosa, de la provincia de Cantabria, en el año de 1783, y fué publicado en México en 1830 por D. Carlos María de Bustamante, con el apoyo monetario de varias corporaciones eclesiásticas y de D. Lorenzo Zavala.

El Padre Sahagún, por su trato íntimo y continuo con los naturales, podía averiguar mucho de lo que se ocultaba a sus compañeros. Conoció muchos secretos de los indios. Su obra histórica es un tesoro de noticias acerca del antiguo pueblo mexicano tan bien como una de nuestras principales fuentes de conocimiento de la

antigua lengua mexicana. La historia concluye con el cuento de la conquista "según la contaron los soldados indios que se hallaron presentes". Se puede decir que los verdaderos autores de la historia de Sahagún fueron los indios, y que Sahagún meramente apuntó lo que éstos le declararon. Esto no es detracción de Sahagún, puesto que nadie más que él poseyó el conocimiento lingüístico y la confianza íntima de los indios para emprender la tarea, y por eso la historia es algo parcial a los indios. Tocando con brevedad la conquista, da con justicia mucho crédito a los indios aliados de Cortés para el éxito de éste, y condena amargamente los actos de crueldad y las matanzas inútiles de los indios por la gente de Cortés.

Además de historiador Sahagún fué incansable luchador contra la idolatría. Fué conocedor de las idolatrías que los indios ocultaban, y creyó que era necesario destruir y borrar todo vestigio del antiguo culto. En esto sus opiniones eran enteramente opuestas a las de Motolinia, él que creyó que era "malo que se inquietase a los indios con andar rebuscando ídolos", y quiso cerrar los ojos a dicha costumbre.

Sin embargo Sahagún encontró y destruyó muchos ídolos, con lo cual también nos perdió monumentos históricos de la cultura mexicana. El que fué conservador de cosas antiguas fué también, por su celo religioso, destructor de ellas. Pero tanto nos conservó que la balanza se inclina excesiva-

mente a su favor.

Por el año de 1590 se propagó en México otra peste, en la que murió Fray Bernadino de Sahagún el día 5 de Febrero de aquel año, y así pasó una de las figuras más venerables de la historia de México.

D. Francisco Cervantes de Salazar, Cronista oficial de la ciudad de México, historiador, maestro y eclesiástico, nació en Toledo por el año de 1514. Antes de venir a México, hacia 1550, ya había viajado fuera de su país, hasta Flandes; había terminado sus estudios en la Universidad de Salamanca; ocupado el puesto de secretario latino del Cardenal Fr. García de Loaysa, presidente éste del Consejo de Indios y había ocupado también la cátedra de retórica en la Universidad de Osuna, y además se había publicado en 1546, un volumen de sus obras. Estas no tuvieron gran importancia, siendo principalmente traducciones del latín de otros escritores, pero es notable, como indicación de la estimación que tuvo Cervantes de Salazar para Hernán Cortés que aquel dedicó su "Diálogo de la Dignidad del Hombre" a Cortés.

Vino, pues, Cervantes a México por los años de 1550 ó 1551, donde, al principio, se dedicó a enseñar gramática latina en una escuela particular. Al fundarse la Universidad de México, en el año de 1553, se dió a Cervantes la Cátedra de retórica, y éste inauguró los estudios con una oración latina. Fué, pues, tal vez el maestro más erudito del latín del país, y a poco le encontramos dando

a luz textos latinos, destinados a los estudiantes, algunos antiguos diálogos que se usaban en España, y otros escritos por él mismo. De estos últimos los más importantes son tres diálogos que tratan de México y que se titulan "Academia Mexicana", "Civitas Mexicus Interior" y "Mexicus Exterior". El primer diálogo nos da una buena idea de lo que era la Universidad de México por el año de 1554. Es interesante y curioso notar el lugar prominente que el autor da a una mención de sí mismo como profesor de la Universidad. Los otros dos diálogos contienen una buena descripción de la ciudad de México de entonces y de sus alrededores. Son obras interesantísimas, pintorescas y auténticas en que se describen con cuidado los edificios, templos, mercados, palacios, monasterios, canales y todas las cosas de interés de la ciudad, también como Chapultepec, Tacuba y Coyoacán, lugares entonces lejanos de la ciudad. Además revelan la actitud de Cervantes sobre la cuestión controversial del día, la condición de los indios. Como partidario y gran admirador de Cortés, había que esperarse que Cervantes tomara la parte de los españoles en esta disputa, y efectivamente lo hizo. Uno de los personajes que dialogan dice "Oh, y cuán grande fortuna ha sido para los indios la venida de los españoles, pues han pasado de aquella desdicha a su actual felicidad, y de la antigua servidumbre a esta verdadera libertad"! En vista de lo que han escrito otros sobre la infeliz condición de los indios bajo la dominación de los conquistadores es difícil creer que Cervantes haya escrito esto de buena fé. El gran García Icazbal-

ceta nos conservó los diálogos de Cervantes, traduciéndolos al castellano y publicándolos con notas extensas en el año de 1875.

Entró al estado eclesiástico, Cervantes de Salazar, recibiendo las órdenes sagradas en 1555. Según sus críticas, nunca fué buen prelado, y parece probable que, con el sueldo de maestro, optó la vida eclesiástica por conveniencia, como hicieron tantos profesores de aquellos días. Es cierto que su vocación fué la de maestro, escritor e historiador y no la de clérigo. Fué dos veces rector de la Universidad, oficio que desempeñó con notable éxito. Su obra maestra, sin duda fué su "Crónica de Nueva España" que quedó inédita y dada por perdida hasta el siglo XX, cuando se descubrió el manuscrito y se publicó en 1914, bajo los auspicios de The Hispanic Society of America. Esta narra la historia de la conquista, y su valor principal consiste en el hecho de que el autor aprovechó de fuentes originales, a los conquistadores mismos, a los que conoció durante su alojamiento en México, para muchos de sus datos. Pero también utilizó, como fuentes, las "Relaciones" de Cortés y aún más la muy parcial "Historia de los Indios" de López de Gómara y por eso y su admiración excesiva para Cortés, enaltece demasiado a éste y por supuesto no es imparcial tocante a la situación de los indios. Sin embargo, por la autenticidad de muchos de sus fuentes y por la erudición del autor la obra nos da datos

inestimables sobre la conquista, y en el juicio de muchos críticos es la crónica de mayor valor histórico de todas las que se han escrito sobre esa época de la historia de México.

Francisco Cervantes de Salazar murió en México en el año de 1575. Bien conocido en su vida tanto en España como en toda América como sabio sobresaliente, fué gran benefactor de la Universidad por su talento como maestro y llevó a esta institución de que fué fundador principal un alto grado de erudición.

Ahora vamos a tratar del segundo Bartolomé de Las Casas de México, de Fray Jerónimo de Mendieta, natural de la ciudad de Victoria, en la provincia de Alava, en España, donde nació en el año de 1525. El último de una familia de cuarenta hijos, tomó, cuando aún joven, el hábito de San Francisco en el convento de Bilbao. Antes de terminar sus estudios pasó a la Nueva España, donde continuó como discípulo en el convento de Xochimilco. A poco de llegar reconoció su apostolado de enseñar y proteger a los indios y se dedicó a aprender con perfección la lengua mexicana. Esta la llegó a saber tan perfectamente que su realización se miró como milagro. Por la fuerza y elocuencia de su palabra pronto logró gran prestigio en su orden. En 1570, después de trabajar diez y seis años por todas partes de México, enseñando la fé, bautizando, predicando y luchando en favor de los indios, volvió a España donde se recibió y se reconoció como autoridad so-

bresaliente sobre cuestiones indias. Por sus conocimientos en asuntos indígenas, el consejo de la Inquisición acudió a él en demanda de informaciones, y nuestro fraile escribió una serie de cartas notables, exponiendo su punto de vista sobre las cosas de la Nueva España. Como Las Casas, luchó amargamente contra la esclavitud de los naturales. Se quejó de los abusos de los repartimientos, del trabajo forzado y cruel en las minas, del poco favor que encontraban acá los frailes para el desempeño de su ministerio, y de la tiranía, rapacidad y codicia de los españoles. Y aunque su apasionada afición a los indios le cegaba, y le hacía exagerar los males de la misma manera que Las Casas, fué suficientemente moderado para no proponer remedios radicales. Abogaba por cortes de justicia distintas para los indios, mayor libertad de acción y más responsabilidades para los virreyes y más privilegios para los frailes, con correspondientes disminuciones de los de los obispos y clérigos. Denunció a estos como "viciosos, carcomidos por el interés temporal, ignorantes de las lenguas indígenas, enemigos sistemáticos de los frailes y absolutamente ineptos para la doctrina de los indios". Dijo que por el disfavor del gobierno las cosas habían llegado a peor estado que antes de la venida de los españoles. ¡Qué contraste con la opinión de Cervantes de Salazar, escrita pocos años antes, tocante al feliz estado de los indios! Sin embargo, Fray Gerónimo no estaba ciego a los defectos de los indios. Los vió como niños que habían de ser guiados, y se sintió como padre de todos. Reconoció la pereza de los indios, y la necesidad de impo-

ner alguna fuerza para hacerlos trabajar en las haciendas para que el país produjera suficiente para los habitantes, pero creyó que la fuerza había de ser benevolente. También abogó por apartar por completo las dos razas, haciéndolas habitar separada^a, para el bienestar de los indios, porque "un indio delante de un español es como un gozquejo delante de un gran león".

Tocante al problema de la agricultura de esa época dijo García Icazbalceta en 1869: "Los indios preferían por supuesto, ganar tierras á fuerza de pleitos, y aprovecharlas a su modo, es decir sacar de ellas lo absolutamente necesario para las primeras necesidades de la vida, con lo cual los españoles no encontraban quien quisiera labrar para ellos. El aumento de población y de necesidades exigía un aumento correspondiente de producción, que no podía esperarse de los indios. La falta de brazos (o la pereza de los que hay) es todavía la enfermedad orgánica de esta tierra. El P. Mendieta reconoce que ya comenzaban los indios a alquilarse voluntariamente; no había más que favorecer con prudencia ese movimiento hasta que las cosas tomasen su curso natural, sin apelar a medidas violentas, tan perjudiciales para unos como para otros".

En 1573 volvió nuestro fraile a la Nueva España, comisionado por el General de la Orden para escribir la historia de lo que hasta entonces habían hecho acá los religiosos en la conversión de los indígenas. Desde entonces

le vemos ya desempeñar cargos en la Orden como guardián de varios conventos, presidente de el de Tlazcala y hasta el cargo de Definidor, puesto que llegó a ocupar dos veces. Tantos deberes tuvo en la dirección de la Orden, que poca oportunidad le quedó para escribir, y su historia fué obra de veinticinco años. Vino a terminarla en 1596, e inmediatamente la envió a España, para que allá se imprimiera, lo cual no tuvo efecto, y quedó casi olvidada y dada por perdida hasta que Icazbalceta la descubrió e imprimió en 1870.

Divídese la "Historia" en cinco libros. En el primero se trata de "la introducción del Evangelio y fé cristiana en la Isla Española y sus comarca, que primeramente fueron descubiertas" y comprende el descubrimiento de la Isla Española, la rebelión, allá, del cacique Enrique, y como el padre de Las Casas le sojuzgó y las crueldades de los españoles con los naturales de aquellas tierras. El segundo trata "de los ritos y costumbres de los indios de la Nueva España en su infidelidad"; el tercero cuenta "el modo como fué introducida y plantada la fé de Nuestro Señor Jesucristo entre los indios de la Nueva España". El cuarto libro, y el más importante de nuestro punto de vista, trata, en cuarenta y seis capítulos, "del aprovechamiento de los indios de la Nueva España, y progreso de su conversión", y comprende: "el ingenio y habilidad de los indios, como fueron instruidos en letras y artes, su fé y devoción, el modo de celebrar las

ceremonias cristianas", el "daño que se ha seguido después que las órdenes no se juntan para dar aviso á nuestros reyes católicos de las necesidades de los indios", los "muchos daños que la frecuente comunicación de los españoles ha causado a los indios para su cristianidad", la "mayor y más dañosa pestilencia de los indios por el repartimiento que de ellos se hace para servir de por fuerza á los españoles "y concluye con una enérgica declamación en que el autor suma todos los daños causados a la conversión y al buen gobierno de Nueva España por la desenfrenada codicia de los españoles. El quinto libro, en dos partes relata las biografías de muchos de los misioneros, y trata de los "frailles menores" así como de los prominentes. Como se desprende de lo anterior el Padre Mendieta aprovechó la oportunidad de su historia para continuar su lucha en favor de los indios y especialmente contra el repartimiento de ellos. Hace hincapié de la eterna cuestión del trabajo forzado de los indios en las haciendas, minas y granjerías de los españoles. Su amor a los indios le hace a veces injusto con los españoles y le hace exagerar los daños y males. Se queja mucho del daño que hicieron los españoles al introducir el vino a los indios y al establecer tavernas, diciendo "las mismas mujeres casadas y por casar acudir a las tabernas y venderse por el vino".

Segundo solamente a la obra de Las Casas en el vigor del lenguaje empleado en la defensa de los indios,

en su apasionada lucha contra la esclavitud y los repartimientos y en sus prejuicios en favor de los naturales, la obra es, sin embargo, de singular mérito. Contiene mucho de original sobre la historia del siglo XVI, y, en particular, mucho por otra parte desconocido de las obras y las vidas de los primeros misioneros. Hay tanto escrito que enaltece a los conquistadores y que suprime los males y sufrimientos de los indios que hay que acudir casi exclusivamente a Las Casas y a Mendieta para ver el reverso de la medalla.

Ocho años después de terminar su historia Fray Jerónimo de Mendieta murió, en México, el día 10 de Mayo de 1604, a la edad de ochenta años, y fué sepultado en el convento de México.

El primer historiador nacido en México fué el Padre Diego Durán, de la Orden Dominicana, cuya obra histórica, la "Historia de los Indios de Nueva España, e Islas de Tierra Firme" es una de las mejores de las que tratan exclusivamente de la historia de la raza aborígen. No existe recuerdo ninguno ni de su familia ni de su persona, salvo que era hijo de un español y una india, nacido por el año de 1538, probablemente en Texcoco, y que murió en 1588, después de largas enfermedades. El manuscrito de su valeroso libro se conservó en la biblioteca del Escorial, en España, y allá fué hallado por Joaquín García Icazbalceta y publicado en México en dos tomos, el primero en 1867 y el segundo en 1880, por José F. Ramírez, conservador del Museo Nacional. Este hubo de cambiar mucho la forma del

lenguaje del autor, puesto que éste escribió preocupándose poco en cuanto a la ortografía, la gramática o la retórica. La obra abunda en barbarismos y palabras superfluas y falta por completo la puntuación, con excepción del punto final que se emplea solamente al fin de largísimas oraciones.

La Crónica de Durán, que éste terminó en el año de 1581, está distribuida en tres partes. La primera contiene la historia de México, desde su origen hasta la conquista y completa sumisión del país por los españoles, terminando con la expedición de Cortés a las Hibueras. La segunda contiene los relatos de las divinidades mexicanas, ritos, festivales y templos. La tercera tiene por asunto el Calendario Mexicano, y continúa la relación de las festividades que se hacían en cada uno de los meses del año.

Como la historia de Sahagún la obra de Diego Durán toca con brevedad la conquista. Mientras muestra cierto orgullo de raza al relatar las hazañas de los conquistadores, a veces desacredita su valentía, atribuyendo los éxitos de los españoles al hecho de que los indios los miraban como dioses. Como Sahagún lamenta las matanzas inútiles de indios, especialmente la de los millares de principales de México, mientras casi no habla de la de Cholula. No tiene por héroes ni a Cortés ni a su gente y condena amargamente su voracidad por el oro y su casi entera falta de solicitud para la conversión de los naturales. Lo anterior se puede ilustrar con las siguientes citas:

"Los españoles, turbados y aflijidos, (por no decir llenos de miedo) de ver tanto esfuerzo en unos indios, y tantos que cubrían el sol y que era la primera refriega en que se veían y ellos tan pocos y no muy bien apercibidos, y con temor de verse metidos en reino extraño y de bárbaros, y las espaldas no muy seguras, y entre mas gente que las arenas de la mar, que á papirotes los podían matar, oí decir a un conquistador religioso que se halló seglar en este combate y conflicto, que hubo muchos que se les saltaron las lágrimas y dieran mucho por no ser nacidos y que maldecían al Marqués por abellos traído en aquel extremo y punto tan temeroso". Y, después del combate con los de Tlascala"; y así se publicó por todas las ciudades y lugares de la tierra, que los dioses tiraban con rayos de fuego y que de cada tiro mataban muchos hombres, con lo cual fué tanto el temor que tomaron que no osaban menearse y fué tanta su cobardía y temor que huían de los españoles y se metían huyendo por las cabernas y montes y cuevas, y se despeñaban por no vellos, y esto hasta hoy les dura, pues aun de los religiosos que están entre ellos y los aman y acarician, huyen y se esconden de ellos como de enemigos mortales". "Jamás fué mi intento ni voluntad de escribir de la venida de los españoles á esta tierra, ni de sus hechos y hazañas, tan atrevidas y heróicas, ni de ponellos en la cumbre y albanza que merecen, pues fueron cierto dinos de eterna memoria, salidos de pechos y corazón mas que humano, con que el ánimo español siempre a sí.

do engrandecido y alavado y nombrado en todo el mundo;... y como digo, no siendo mi intento tratar de sus grandezas ni hazañas, ni traer a la memoria como el Marqués del Valle entró en el puerto y barrenó los navios....ni tratar de como estuvieron determinadas de le matar, ni de los humildades y palabras con que se escusó, porque ya todo esto esta ya muy sabido y escrito por muchos autores. Demás de esta razón sería, abiendo de escribir verdad, y según la relación y memoriales de los indios, entre muchos bienes y hechos heróicos, me forzaría la misma historia á escribir grandes y atróces crueldades y inhumanidades de gran lástima y dolor que se ejetutaron y hicieron con que quizá ofendería y diría desgusto á los que deseo servir y dar contento con la presente lectura; las cuales aun en este camino, antes de llegar a México se ejetutaron, que aunque pasando por ellas como de paso, las e callado, especialmente una que en la ciudad de Cholula se cometió, de tanta lástima y dolor, donde en el patio de un templo donde el Marqués fué aposentado á mucho número de gente de servicio que servían a los españoles y les trayan agua, leña y yerba para los caballos.....los mandó a todos meter a cuchillo de los cuales ninguno quedó con vida, de los cuales ejemplos podía poner otros muchos; pero no siendo tal mi intento solo iré poniendo hasta venir al fin y muerte de Montezuma....él cual vino a tener un fin tan vil y desastrado, que aún en su entierro no tuvo quien por él hablase ni se doliese; antes cercado de sus enemigos, no

le fué dada sepultura á uno de quien toda esta tierra temblaba y se estremecía en solo oír su nombre". Dice además que los soldados y capitán "estuvieron en estas casas y aposentos (en México), se ocuparon mas en buscar el tesoro de Montezuma, y el santo clérigo con ellas, que no en enseñar la doctrina a Montezuma y las cosas de la fé". Y, de la matanza de los principales de México dice" el Marquez....mandó poner a las cuatro puertas del patio cuarenta soldados y que en llegando matasen al que tañía el tambor y luego tras él á todos los circunstantes; lo cual los predicadores del evangelio de Jesucristo, ó por mejor decir discípulos de iniquidad, sin ninguna tardanza hicieron entrando entre aquellos desventurados, desnudos en cueros con solamente una manta de algodón a las carnes, sin tener en las manos sino rosas y plumas con que bailaban, los metieron todos a cuchillo; lo cual como vieron los demás, acudieron a las puertas para huir eran muertos por los que guardaban las puertas; de suerte que queriéndose meter y esconder por los aposentos, huyendo de aquellos ministros del demonio, no pudiéndose esconder de ellos fueron todos muertos, quedando el patio lleno de la sangre de aquellos desventurados y de tripas y cabezas cortadas, manos y pies y otros con las entrañas de fuera;... y fué tanto el aullido de las mujeres y niños, que á los montes hacían resonar y á los piedras hacían quebrantar de dolor y lástima, viendo ocho o diez mil Señores en quien consistía la nobleza de México, muertos y hechos pedazos en

el patio del templo, sin haber hecho ni cometido cosa que lo mereciese, sino era abelles dado sus bienes y haciendas y de comer y beber todo lo que les era necesario, con tanta abundancia como queda referida".

Nadie sino Las Casas había tenido el valor de escribir de manera tan fuerte contra los conquistadores ni de pintar con tanta claridad los horrores que cometieron. Sin embargo se cree que Diego Durán quiso ser imparcial y que se lastimó a si mismo al describir tales escenas de crueldad. Es probable que a veces su sangre india le hiciera sentir mucha indignación al acordarse de las crueldades de sus progenitores españoles, lo que su orgullo en sus hazañas no pudo vencer.

En el juicio de muchos críticos la historia de Durán es la mejor de las crónicas de indios. Contiene pormenores de valor inestimable de las costumbres, vida, manera de pensar, hablar y sentir y de las buenas y malas cualidades de los indios sus antecesores. Es injusto el atribuirle a Cortés parte en la horrible matanza de México, puesto que la matanza se ejecutó durante la ausencia del conquistador, pero en general la obra se escribe con notable falta de prejuicio, es admirable en el conocimiento de los hombres y cosas de la antigüedad y es la fuente más auténtica de la historia de los aborígenes.

Solamente quedan tres cronistas de los primeros años de la dominación española, que, desde nuestro punto de vista deben mencionarse brevemente: "El Anónimo", P. José de Acosta y Fray Juan de Torquemada.

"El Anónimo", o el nombre dado al autor de un manuscrito hallado en 1856 por D. José Fernando Ramírez y conocido hoy como el "Códice Ramírez", en honor de su descubridor, era un autor indígena quien escribió, hacia la mitad del siglo XVI, una preciosa crónica de los indios de la Nueva España que contiene pormenores de la historia de los Aztecas, especialmente tocante a la historia de Moctezuma I, tan bien como la historia de la conquista, como la vieron los Aztecas, hasta la rendición de México. Es importante primero porque, por supuesto, el autor es parcial a los indios contra los españoles, y según Carlos González Peña pinta los acontecimientos de la conquista de manera no muy favorable a los españoles, y hace una horrible descripción de la matanza que ejecutó Alvarado en la nobleza mexicana; y segundo es importante porque sirvió de base a la Historia de Fray Diego Durán y la del P. José de Acosta.

Este último fué el primer historiador de México que perteneció a la Compañía de Jesús. Residió en el Perú y en México por largos años y, en 1590 publicó, en Sevilla su "Historia Natural y Moral de los Indios",

obra que disfrutó de extraordinario favor y fué prontamente traducida al italiano, al francés, al alemán, al inglés, al holandés y al latín. Es obra clásica y elegante en estilo y goza la distinción de que nadie la ha acusado de ser, de ninguna manera, parcial.

Por otra parte la historia de nuestro último historiador de esta época, Fray Juan de Torquemada no solo ha sido clasificada como parcial, sino que se acusa al autor de apropiarse los trabajos de Mendieta, cuyo "Historia Eclesiástica Indiana" no se dió a la luz hasta 1870, mientras la "Monarquía Indiana" de Torquemada se publicó en 1615.

Hay poco conocido de la vida de Fray Juan de Torquemada, excepto que vino a México muy joven, y, en 1583, tomó el hábito de franciscano, y que murió en el año de 1624.

Gran número de investigadores se han molestado mucho en mostrar que Torquemada fué plagiaro de Mendieta, sin hacer caso del hecho de que en aquellos días de tanta dificultad de mandar imprimir las escrituras no había culpa al aprovecharse de la obra de otro, menos al haber sido el otro fraile de la misma Orden, como fueron Torquemada y Mendieta. Las obras de investigación fueron facilitadas liberalmente a otros escritores, puesto que esos frailes raramente obraban para engrandecerse sino para el adelanto de los conocimientos de la humanidad. Por eso tantos esfuerzos para probar o refutar la acusación de que este o aquel escri-

tor plagió a otro parece una labor particularmente estéril.

Sin embargo está bien establecido que Torquemada copió substancialmente la obra de Mendieta, pero dice en el prólogo general de su "Monarquía Indiana": "muchas razones me movieron a los principios á poner mano en esta historia, de las cuales es una haber sido mucho de ello trabajos muy sudados de los religiosos de la Orden de mi Seráfico P. S. Francisco, especialmente de los padres X y Z y Fray Jerónimo de Mendieta.... y por ser de su orden quiso ponerlo en estilo sucesivo histórico". El cargo de que Torquemada plagió la historia de Mendieta entonces no tiene gran importancia, pero su manera de hacerlo sí es reprehensible, porque muestra claramente como pensaba Torquemada tocante a la cuestión de la condición y el tratamiento de los indios, y le señala como muy parcial a los españoles. Torquemada, al copiar capítulos enteros de la historia de Mendieta suprimió invariablemente de ellos cuanto Mendieta había escrito a favor de los indios y en contra de los conquistadores. Omitió todo lo que pudiera lastimar a la raza española. Por eso no es historia de mucho valor; se dedica más a glorificar a la raza suya que a relatar la verdad. Al suprimir lo que escribió Mendieta en favor de los indios no cabe duda de que Torquemada creyó sinceramente que iba rectificando los errores de aquel, pero en realidad eliminó mucho de lo interesante que escri-

bió Mendieta, y produjo una obra tediosa y fastidiosa. Dice Icazbalceta que si a esta (La Monarquía de Torquemada) se le quitara lo inútil, el trabajo quedaría reducido a poco más de la mitad.

Esto concluye la lista de los historiadores más importantes del primer siglo de la dominación española. Si fueron parciales sobre la cuestión de la esclavitud de los indios, si escribieron a veces con indignación y hasta con pasión acérrima sobre este asunto, lo hicieron de buena fé, y sus obras resultaron más interesantes por eso. Y sin sus esfuerzos para conservar escritos los acontecimientos de la época de la conquista y las antigüedades indígenas, nuestros conocimientos hoy serían mucho menos completos sobre dichos asuntos,

C A P I T U L O IV.

LOS SIGLOS XVII Y XVIII.

Terminado el primer siglo de la dominación española, llegó México a una época de relativa tranquilidad. Los segundos dos siglos de la colonia vieron la cuestión de la esclavitud de los indios ya a cierto grado olvidada, aunque todavía llegaban cédulas de los reyes de España en favor de los indios, que, como de costumbre eran casi totalmente desatendidas por los encomenderos de la Nueva España. Había algunas sublevaciones menores de indios que se sofocaron pronto, con castigos severos para los instigadores; hubo varias pestes de las que se murieron la mayor parte de los indígenas, y había a veces mucha hambre en el país, con sus consiguientes desórdenes; pero, por lo general reinaban la paz y la tranquilidad. Y este estado se refleja en los historiadores. Ya no escriben con pasión, sino con calma y reflexión. Como se había desarrollado mucho el idioma castellano, sus estilos eran más elegantes. Vemos a los historiadores más sobresalientes de México, y del mundo, los Jesuitas, dedicados a la investigación, la ciencia y la cultura, escribiendo las historias más imparciales que se han escrito hasta ahora sobre México.

Pero precisamente por la tranquilidad de los tiempos y la falta de problemas controversiales se producían menos historias. Los escritores no se impulsan a escribir la historia sin el incentivo de tales controversias. Por lo tanto todos los Historiadores de esta época, menos uno, se dedicaron a la historia de los indígenas y de la conquista, y sólo el Padre Andrés Cavo se esforzó en recordar la historia de la colonia.

El primero de éstos historiadores, el Franciscano Fray Agustín de Vetancourt, nació en México en 1620 y murió en 1700. Su obra histórica principal, el "Teatro Mexicano, descripción breve de los sucesos ejemplares, históricos, políticos, militares y religiosos del Nuevo Mundo" tiene por base la "Monarquía Indiana" de Torquemada. Vetancourt revisó esta obra, purificando el estilo, y la continuó hasta su misma época, incluyendo la crónica de la Orden franciscana.

El primer gran historiador de la Sociedad de Jesús de esta época fué el Padre Carlos de Sigüenza y Góngora, quien nació en la ciudad de México el año de 1645. Además de historiador fué novelista, poeta, astrónomo, anticuario, filósofo, matemático y crítico. Escribió la primera novela histórica de México, intitulada: "Infortunios que Alonzo Ramírez natural de la ciudad de San Juan de Puerto Rico padeció así en poder de ingleses piratas que lo apresaron en Las Islas Filipinas,

como navegando por sí solo y sin derrota hasta parar en la costa de Yucatán". Una obra astronómica suya muy curiosa fué su "Manifiesto filosófico contra los cometas", en que combatió la creencia de que los cometas anuncian calamidades. Escribió además varias obras históricas, incluyendo la "Relación histórica de los sucesos de la Armada de Barlovento"; pero su trabajo histórico más importante fué el acopio que hizo de documentos históricos y pinturas antiguas, que habrían de servir de base a los historiadores que le siguieron. Reconocido mundialmente como uno de los sabios más eminentes de sus tiempos, murió este Jesuita en México el 22 de Agosto de 1700.

De familia ilustre descendía el padre jesuita "Francisco Javier Clavijero, distinguido historiador, patriota y políglota, él que nació en Veracruz, el día 9 de Septiembre de 1731, de padres españoles. Su padre era natural de la ciudad de León, en España, y un hombre literato que hizo su educación en París. Su madre era pariente de la virreina Francisca Javiera Echegaray de Garibay. Estudió en los colegios de Puebla y pasó mucha de su juventud en el campo, tratando íntimamente con los indios y aprendiendo a perfección sus lenguas. A los diez y siete años entró en la Compañía de Jesús, y entre aquel grupo de hombres

distinguidos en las letras y ciencias fué Clavijero sobresaliente. Aparte del latín y griego y las principales lenguas europeas conocía veintitrés idiomas y dialectos indígenas.

Desterrado como todos los demás jesuitas en 1767, se radicó en Italia, donde, impulsado por su amor ferviente a su patria y su anhelo de servirla en lo que pudiese, se dedicó a escribir su Historia Antigua de México, la obra que le daría renombre mundial. Poseía un gran acopio de documentos y pinturas, incluyendo el de Sigüenza y Góngora, mas las historias de Cortés, López de Gómara, Motolinía, Las Casas, Sahagún y muchos otros.

Pero no satisfecho con estas compró todos los otros libros tocante al asunto que pudo encontrar, y visitó todas las bibliotecas y archivos que pudieran darle materiales. Y, siendo pobre, muchas veces tuvo que andar a pié hasta veinte millas con el fin de consultar una obra o documento.

La obra resultó la más auténtica que hasta entonces se había escrito, y quizás la mejor que hasta hoy se ha escrito. Fué la primera, entre tantas crónicas hasta entonces escritas, que presentó el cuadro completo de la civilización Mexicana. Inspira, además, en el lector la creencia que es sumamente imparcial y sin ningún prejuicio. Que el autor se esforzó en lograr este fin se

ve en el prefacio, donde dice: "...Siempre he creído que la verdad nunca es más hermosa que cuando se presenta en su primitiva desnudez. Al referir los sucesos de la conquista de los españoles, me he alejado igualmente del panegírico de Solís, y de las invectivas de Las Casas; pues ni quiero adular, ni calumniar á mis compatriotas. No quiero decir que Solís sea un adulator; ni Las Casas un calumniador, sino que en mi pluma sería calumnia o adulación lo que aquellos autores escribieron, el uno por el deseo de engrandecer a su héroe, y el otro por celo en favor de los indios. Cuento los hechos con la certeza o verosimilitud con que los encuentro; si no puedo averiguar lo cierto, por la diversidad de opiniones de los escritores, como me sucede con respecto a la muerte de Moteucosoma (sic), expongo sinceramente sus diversos sentimientos, sin omitir las conjeturas que dicta la sana razón. En fin, siempre he tenido a la vista aquellas dos santas leyes de la historia, a saber: no atreverse a decir lo falso, ni tener miedo a decir lo verdadero; y creo que no las he infringido".

Estos rectos sentimientos han sido expresados por la gran mayoría de los historiadores, pero se cree que nadie mejor que Clavijero ha sabido practicarlos. Pero hay en Clavijero, en común con los otros, el deseo de corregir los errores de otros. Lamenta, en una carta di-

rigida a Echeverría y Veytia, el historiador, la "negligencia o infidelidad de nuestros historiadores" y dice que había escrito" especialmente a rebatir los errores de Mr Buffón, de Mr Paw, de Mr Raynal y de otros célebres autores que promueven la degeneración de las plantas, animales y hombres del Nuevo Mundo".

La Historia Antigua de México está compendiada en diez libros mas ocho "Disertaciones" en que el autor discute varios problemas de México, el clima, geografía, cronología, los animales, las poblaciones y la antigua religión de los indios. Narra la historia de los Aztecas, y de los principales pueblos de México. Fija, por primera vez, la cronología de los indios, de un modo razonable y nuevo. La propia historia termina con el relato de la conquista, hasta el asedio de México y la terminación del imperio mexicano.

Publicada por primera vez en italiano la obra fué reconocida desde un principio como una de mérito singular. Fué traducida y publicada en francés, inglés y alemán, y en español fué publicada en México, Colombia, Argentina, Chile, Perú y Guatemala. Hasta la fecha ha habido seis ediciones mexicanos. Es especialmente admirable la forma de los libros sexto y séptimo que relatan pormenores relativos a los usos y costumbres, públicos y domésticos, de los indígenas, y tratan uno

por uno de cosas tales como los ritos, dioses, calendario, templos, trajes, juegos, idioma, poesía, música, pintura, escultura, arquitectura y otras artes de los indios.

Como ejemplo de la gran pasión para la imparcialidad de Clavijero, éste dice, hablando del ejército de los Tlaxcaltecas que combatió Cortés: "Bernal Díaz dice que el ejército Tlaxcalteca era de cuarenta mil hombres; Cortés creyó que pasaba de cien mil;.....Por no exponerme a errar, me contento con decir que el ejército era grande". Después de relatar la matanza de Cholula de manera muy moderada, dice: "En los escritos de Las Casas se lee muy desfigurado este suceso de Cholula. Es cierto que fué demasiado rigurosa la venganza y horrible el destrozo; mas no carecieron los españoles, para castigar a los cholultecas, de las razones que he indicado en el texto, y sin embargo, ninguna mención hace de ellas aquel prelado". Sobre la matanza de los principales de México Clavijero dice que el número de los que se murieron no consta, pues los autores varían de seiscientos a dos mil. Claro es que Clavijero no supo de la exageración de Diego Durán, él que dijo que los muertos aquel día montaron al número de ocho o diez mil.

Clavijero nunca volvió a pisar el suelo de su patria ni supo con qué aclamación fué recibida su obra

maestra por los sabios de México. Murió, desterrado, en Italia el 2 de Abril de 1787.

Historiador seglar de la misma época, que también investigó la historia antigua de México fué D. Mariano Fernández de Echeverría y Veytia. Nacido en Puebla en 1718 fué estudiante distinguido cuya educación se completó con viajes extendidos por toda Europa. Vivió muchos años en España, pero volvió a México en 1749, donde fijó su residencia en Puebla y se ocupó en escribir su "Historia Antigua", que quedó incompleta cuando le sorprendió la muerte en 1779. Como indica el nombre, la obra trata de la historia antigua de México y es semejante a la de Clavijero con la excepción de que hace hincapié en la historia de los texcocanos más bien que de los aztecas. Veytia quería escribir su historia "con un criterio imparcial y nuevo, deslindando lo fabuloso de lo cierto, y rehuyendo de toda idea preconcebida", y dice que "tanto los escritores nacionales antiguos que escribieron en sus jeroglíficos, como los modernos que los interpretaron, fueron, hombres de diversas naciones, entre quienes había emulación, y enemigos ambiciosos de gloria, cada uno respectivamente por la suya, y así procuran desfigurar los sucesos que no les son ventajosos, y pintan con colores más relevantes los que les favorecen".

Como la historia de Veytia no abarca hasta la entrada de los españoles en México, no tiene interés extraordinario. Fué publicada por D. Francisco Ortega en 1836, con un apéndice por Ortega, en que la continuó hasta la toma de México por los españoles, siguiendo los datos de las obras de Torquemada y Clavijero.

El Padre Andrés Cavo fué otro jesuita erudito, quien escribió la crónica de la época colonial. El Padre Cavo nació en la ciudad de Guadalajara, el día 21 de Enero de 1739, y allá hizo sus estudios y entró en la Sociedad de Jesús. Se ocupó en las misiones, prestando grandes servicios, hasta el año de 1767, año en que se expulsaron del país a todos los padres de aquella orden. Fijó, entonces, su residencia en Roma donde permaneció hasta su muerte, cuya fecha se ignora, y, como Clavijero, se dedicó a servir a su patria en cuanto pudo, escribiendo su historia, que llamó la "Historia civil y política de México". Esta abarca desde el año 1522 hasta 1766, y es una verdadera crónica, que relata cronológicamente los sucesos principales de cada año. Trata principalmente de las cosas de la ciudad de México, pero, esta siendo la capital, incluye mucho de la historia del país entero. Además es crónica y no historia porque contiene poco de crítica o de filosofía y nada de prejuicio.

Tan ansioso estaba el autor de escribir de manera imparcial que no discutió, ni aún mencionó la expulsión de su Orden del país por no presentarse con el carácter de apasionado. Dice además "La libertad con que escribo, es la de un historiador que no sigue partido. Este candor deseo en mis lectores, para que no desapruben lo que escriba en sólidos fundamentos". Escribe con toda tranquilidad y cuando hace observaciones suyas, como, por ejemplo, sobre la condición de los indios y el general descuido de las leyes a favor de éstos, lo hace con moderación admirable. Es modelo de orden, concisión y brevedad, y agrada por la sencillez y naturalidad con que narra los sucesos. Fué publicada en 1852 por Carlos María de Bustamante, bajo el título de "Los Tres Siglos de México durante el gobierno español hasta la entrada del ejército trigarante". El editor la continuó en un suplemento, abarcando desde el año 1767 hasta 1821. Y aunque sea menos conciso el suplemento (es más voluminoso que la obra original), sin embargo Bustamante mostró el buen juicio de continuar el plan general de Cavo. Sigue el orden cronológico y es más breve y conciso que el estilo usual de Bustamante. En los primeros años de que de que trata el suplemento hay cierta imparcialidad, pero cuando llega a hablar del siglo XIX hay toda la pasión, el odio y el lenguaje injurioso y ultrajante contra los españoles que se nota en su "Cuadro Histórico" de que vamos a hablar en el capítulo que sigue. En rea-

lidad la parte de este suplemento tocante a las revoluciones es el mismo cuadro histórico algo condensado y arreglado más lógicamente. Hay una cosa curiosa en esto. Bustamante publicó "Los Tres Siglos de México" unos años después del "Cuadro Histórico" y, al escribir el suplemento lo hizo para corregir sus mismos errores, diciendo: "No puedo lisonjearme de que esta obra haya salido completa y á gusto de todos; pero sí de que la he escrito con la posible exactitud, examinando muchos manuscritos, rectificando no pocos hechos referidos en los cinco tomos de mi Cuadro Histórico".

Bustamante no pudo lograr, en el suplemento, la sencillez y naturalidad de estilo del Padre Cavo, pero escribió en su acostumbrado estilo romántico, barroco, de que vamos a hablar largamente más tarde. El suplemento tiene todos los defectos, menos acentuados, que tiene el Cuadro Histórico. Lo hace el vehículo de sus odios, tanto contra los españoles como contra los Norteamericanos y sus enemigos particulares. Según él los Norteamericanos son "ladrones Anglo-Americanos" de "Las naciones bárbaras del Norte"; el historiador Solís "sacrificó la verdad y exactitud de los hechos á la cadencia y armonía de los periódicos, defecto gravísimo e imperdonable en un historiador"¹⁾; el historiador Torrente "hace traición á la amistad y confianza" e "invectiva contra su rey sin intermisión, pintando á Fernando como el monstruo mas ho-

rriendo de la especie humana, para sacarle como con un emético al señor Iturbide sus secretos"; Lorenzo Zavala es el historiador que "hace equivocaciones palmarias ignorando hasta los nombres de los primeros personajes de la revolución" y que "nos presenta caricaturas desagradables de sujetos que saltaron a la arena cuando él estaba quietecito en su casa" y que "forma críticas muy cáusticas de varones immaculados"; los realistas son "monstruos que por vengarse de los que han contenido sus demasías quisieran vernos entregados á una dominación extranjera, por cantar su triunfo sobre los escombros de su patria"; y, por fin, los españoles se describen con todos los adjetivos abusivos que conoce el diccionario. No se cree que al buen padre Cavo le hubiera gustado la manera apasionada de concluir su libro tan desapasionado.

Volviendo a la obra original de Cavo, y acordándonos del tratado de Sigüenza y Góngora contra los cometas, escrito hacía entonces casi cien años, es interesante y curiosa notar que tan instruido y sabio como fué nuestro padre Cavo, él hasta entonces fué supersticioso sobre el asunto de los cometas. Por ejemplo dice en el libro undécimo de la obra: "Es memorable en la historia el presente año (1736) por un cometa a que atribuyeron los sabios (no sin fundamento) la espantosa peste que desoló la Nueva España, que se comenzó a sen-

tir a fines de agosto del presente año".

Cavo es el principal historiador de la dominación española; de hecho es el único que pensó que valía la pena registrar los datos referentes a aquella época.

Icazbalceta lamenta que el libro "es harto estéril y diminuto; viene á reducirse á una mera enumeración de hechos, entre los cuales ocupan el lugar preferente las elecciones de alcaldes y regidores de la ciudad de México, anotadas año por año con lamentable proligidad" pero sigue diciendo que su cargo no es justo, puesto que Cavo intentó tratar nada más de la historia de la ciudad. De este punto de vista la obra esta llena de datos interesantes e importantes que Calvo salvó del olvido.

No existen más fuentes históricas a que podemos acudir para la historia colonial salvo los cronistas de las provincias religiosas. Pasamos, entonces a los historiadores de la guerra de independencia.

C A P I T U L O V .

CARLOS MARIA DE BUSTAMANTE.

D. Carlos María de Bustamante es el primer historiador que surge en la época independiente, y también es el mejor de ellos por ser el más imparcial.

Es cosa curiosa que existen tan escasos datos sobre la vida de este escritor, periodista y político tan sobresaliente en sus tiempos. Hay una biografía pequeña, escrita por un autor anónimo, que publicó, en 1849, D. Lucas Alamán, y que nos relata lo poco que conocemos de la vida de Bustamante. Icazbalceta incluye la biografía de Don Carlos en su Biblioteca de Autores Mexicanos, pero dice de su artículo que "la mayor parte de él ha sido extractado de la biografía anónima que publicó el Sr. D. Lucas Alamán, cuyas palabras hemos copiado muchas veces".

Francisco Sosa también incluye la biografía de nuestro historiador en su "Biografías de Mexicanos Distinguidos", pero emplea las mismas palabras y hasta párrafos idénticos a los de Icazbalceta pero sin dar crédito a la fuente original. Además tengo a la vista una llamada "vida" de Don Carlos María de Bustamante, publicada en 1933 por V. Salado Alvarez que no contiene más datos que las otras biografías, pero que se amplía con extractos de la

historia de México, muchos de ellos sin tener que ver con la vida de Bustamante, y que es incoherente, sin orden cronológico y sin valor biográfico en cuanto al aumento de nuestros conocimientos.

Según lo poco que conocemos, entonces, nació nuestro Don Carlos en la ciudad de Oaxaca, el día 4 de Noviembre de 1774, hijo de un español y una criolla de la misma ciudad. Ya a la edad de seis años ambos padres se habían muerto y Don Carlos había sufrido muchas enfermedades. Inició sus estudios de gramática latina y filosofía a los doce años, primero con un maestro particular y luego en el seminario de Oaxaca, y, a los quince años pasó a México a estudiar filosofía en el Seminario de aquella ciudad. Al fin del primer año de estudios Bustamante salió reprobado por unanimidad y esto debía tener efecto saludable porque desde entonces fué escolar sobresaliente y se graduó de bachiller en artes. Cursó además el idioma francés y jurisprudencia, se recibió como abogado en 1801, y se distinguió desde un principio por las brillantes defensas que hizo en varios casos criminales notorios.

Redactó desde 1805 "El Diario de México", el primer diario que se publicó en la Nueva España, y vemos arraigando entonces su afán de escribir y publicar. Su periódico impulsó mucho toda clase de esfuerzo literario en México, tanto a la poesía como a la prosa.

Continuaba su obra de jurista y gozaba de muchos favores de los virreyes españoles. Sin embargo, al estallar el movimiento revolucionario en 1810 Don Carlos era simpatizador ardiente de Hidalgo, y se aprovechó de la libertad de la prensa, reconocida por la Constitución de Cádiz, para fundar, en 1812, un semanario llamado "Juguettillos", un órgano de propaganda revolucionaria. Pero la libertad de la prensa fué más teórica que real, y en las palabras de González Peña "Quienes de la novísima franquicia usaron, acabaron en la cárcel o en la fuga".

Bustamante optó por la última y se dirigió a Zacatlán donde se juntó con el jefe revolucionario Osorno.

No se sabe cuando o donde se casó Don Carlos, pero estaba casado con doña Manuela García Villaseñor, y ella andaba con él en los campos de batalla. Disgustado por la falta de la disciplina entre las tropas de Osorno, a poco Bustamante con su esposa marchó para Oaxaca para juntarse con su ídolo, Morelos. Llegó allá el 24 de Mayo de 1813 y fué nombrado por Morelos brigadier, con el empleo de inspector general de caballería.

Este grado fué el orgullo de su vida. Logró organizar en Oaxaca un regimiento de caballería, cuyo mando tomó, pero no fué militar, aunque a veces en su historia critica severamente las disposiciones y planes militares.

Tampoco tenemos noticias de que haya participado en ninguna batalla o acción en la guerra. Se sintió tan orgulloso de su puesto militar que, cuando fué nombrado para representar a México ante el Congreso de Chilpancingo pidió al coronel Don Benito Rocha una escolta de honor de cincuenta dragones para marchar al Congreso. Rocha se negó a dársela, y luego Bustamante mostró su gran vanidad, escribiendo a Rocha: "Si V.S. tuviera un adarme de talento, sabría lo que es un inspector de caballería y lo que soy yo. Voy como inspector, o sea como llamado, o como representante del pueblo de México, cuya dignidad y honor no me permiten dejarme ver como un Don Quijote con un triste escudero. Entiéndalo V.S. así, y ya que entró en la revolución, procure saber cual es la majestad de un pueblo depositario de la soberanía, y el decoro con que se deben compartir los que lo representan, sin perder de vista que el congreso se ha suscitado y convocado por mis instancias y deseos de salvar a la patria".

Lo más cerca que don Carlos se encontró en una batalla, durante toda la revolución, fué, estando él con su esposa en el campo de Osorno, en Zacatlán, éste fué sorprendido por los españoles en la madrugada del 25 de Septiembre de 1814, y a duras penas pudieron escapar Bustamante y doña Manuela, perdiendo casi todo su equipaje.

Después de este desastre fué Don Carlos a buscar asilo en una hacienda, y allí se concertó entre los jefes

revolucionarios que Bustamante pasase a los Estados Unidos para pedir auxilios. Esto nunca logró hacer, puesto que, derrotados completamente los insurgentes, Bustamante se encontró sin otro recurso que pedir indulto a los españoles. Se presentó el 8 de Marzo de 1817 al destacamento del Plan del Rio y de allá fué conducido a Veracruz. Pretendió escapar, para emigrar a los Estados Unidos, embarcándose en un bergantín inglés, pero fué detenido y preso en el castillo de San Juan de Ulúa. Allí quedó, sufriendo muchas enfermedades y una calentura severa hasta el día 2 de Febrero de 1819, cuando le sacaron del castillo, declarándole la ciudad de Veracruz por cárcel.

Durante su permanencia en Veracruz no solo estuvo bien sino ganó dinero con el ejercicio de su profesión de abogado.

Con la proclamación de Iguala en 1821, cuando ya gozaba Bustamante la amnistía concedida por las Cortes, pasó éste a Jalapa donde se unió a Santa Anna, quién le empleó en el despacho de su secretaría. A poco concurrió a Puebla, con Iturbide, y le dió a este jefe sus consejos contra el establecimiento de una Monarquía mexicana. Todavía era don Carlos el admirador más rendido de Santa Anna y de Iturbide, a los que después habría de censurar y oponerse.

El 11 de Octubre de 1821 volvió a entrar en México, después de una ausencia de nueve años, y donde no tardó

en fundar nuevo periódico semanal, con el título de "La Avispa de Chilpancingo". Pero nuevas persecuciones le esperaban. Todavía no era realidad la libertad de la prensa y por su oposición Iturbide dos veces le hizo preso, la primera vez por algunas horas y la segunda por siete meses en el convento de San Francisco. A la caída del Imperio fué electo para el congreso que iba a formar la Constitución, y desde 1824 hasta su muerte intervino activamente en la política y figuró, con leves intervalos, en el Congreso como diputado por Oaxaca. Se dedicó también, a través de toda esa época a escribir; y publicó una multitud de obras suyas y de trabajos ajenos de diversos autores. El día 19 de agosto de 1846 murió su esposa, doña Manuela, la que le había acompañado en sus desgracias, y poco tiempo después se casó don Carlos, por la segunda vez, con una joven, Castilla Portugal, a quien había criado y educado y a quien trataba como hija. Falleció Don Carlos María de Bustamante el día 21 de Septiembre de 1848, a los setenta y cuatro años de edad. Su biógrafo, Salado Alvarez, dice, en una erupción de imaginación romántica: "Un año después (de la invasión del ejército de los Estados Unidos) Bustamante moría de pasión de ánimo y de tristeza patriótica. Los invasores le habían herido en pleno corazón". El más práctico y realista Icazbalceta nos relata que Bustamante murió de consunción.

Mucha y variada es la obra escrita y publicada por Bustamante. Además de historiador sobresaliente de su mis-

ma época fué también el conservador principal de las antiguas obras históricas. Ya hemos visto que publicó, a gran costa de sí mismo, de dinero y de trabajo, las obras de López de Gómara y de Bernadino de Sahagún. Publicó, además, muchas otras obras antiguas, así como obras clásicas, verbigracia los cuatro primero libros de la Eneida de Virgilio traducidos del Francés. Ha sido criticado mucho en cuanto a su manera de redactar las historias antiguas. Se dice que las cambió excesivamente, suprimiendo pasajes, sustituyendo títulos extraños y añadiendo muchísimas observaciones y notas suyas, hasta el punto de ser con frecuencia confundidas con las del verdadero autor. Concediendo la justicia de este juicio crítico, queda el hecho de que nuestro Don Carlos sirvió admirablemente a la causa de la literatura y la historia al conservarnos aquellas grandes obras, cosa que ningun otro, antes de él, había conseguido.

Tocante a sus obras originales, escribió y publicó las siguientes obras históricas:

"Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana" (dos ediciones)

"Galería de Antiguos Príncipes Mexicanos".

"Crónica Mexicana Tomoxtli".

"Campanas del General D. Félix María Calleja".

"Mañanas de la Alameda de México".

"Historia del Emperador D. Agustín de Iturbide".

"El Gabinete Mexicano durante el segundo periodo de la Administración del presidente D. Anastacio Bustamante".

"Apuntes para la Historia del Gobierno del general

Don Antonio López de Santa Anna".

"El Nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea Historia de la Invasión de los Angloamericanos en México".

De lo anterior se ve que Bustamante fué escritor incansable. Se estima que el costo de sus publicaciones llegó a la suma de 45,000 pesos y que sus obras se extienden a más de 19,000 páginas. Su obra maestra, el "Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana", de que vamos a ocuparnos extensamente, primero fué impresa en 1823, en seis tomos. La segunda edición, publicada en 1843-1846, en cinco tomos, contiene, en los cinco tomos más de 2,200 páginas. Fué publicada nuevamente en México en 1926.

La obra, que él mismo llama su "obrilla", es larga y pesadísima hasta ser tediosa y aburridora. Entra en pormenores minuciosos hasta la trivialidad, citando millares de nombres de personas sin importancia, e incluye canciones, poemas, sonetos, elogios latinos y odas a sus héroes, lo cual no pertenece a la historia, porque la historia es la realidad, mientras la poesía es la fantasía.

He dicho que la historia de Bustamante es la más imparcial escrita sobre la época de la revolución, pero esto no quiere decir que verdaderamente es imparcial. La historia fué escrita con una pasión dominadora, pasión patriótica y casi fanática. Casi cada página está llena de odio hacia los españoles a quienes llama inmo-

rales, sediciosos, tiranos, opresores, corrompidos, crueles, cobardes, feroces, asnos, monstruos, bárbaros, encarnizados, asesinos, criminales y bestias. Detesta a los españoles de corazón y su odio se extiende hasta los conquistadores. Cortés era "genio de la devastación", él que "venía a sembrar en este país de delicias, la discordia precursora de la esclavitud" y, sobre la cultura que trajeron los españoles a América dice: "Más sabios eran los conquistados que los conquistadores".

Es cierto que Bustamante era hombre de mucha cultura, pero no hubo necesidad de lucir tanto su cultura a través de su historia. A penas falta una página sin su cita latina. Es de suponer, gracias a Dios, que no sabía el griego. También abundan citas de la biblia y del Quijote y frecuentes comparaciones de personajes históricos con Don Quijote y Sancho Panza. Hay referencia frecuente a la historia antigua de Roma y Grecia, y a la de los Estados Unidos y Europa; hay mención de Alejandro de Macedonia, Tamerlan, Plutarco, Xerxes y Cicerón, y citas de Marco Antonio y Horacio. La lectura se hace más fatigosa con párrafos y hasta páginas de diatribas del autor contra los gachupines y la tiranía española, con declamaciones y exclamaciones largas, poéticas y dramáticas, con predicaciones morales, y con reflexiones extendidas sobre lo que pudo haber ocurrido si este o aquel jefe se hubiera portado de otra

manera o si hubiera tomado otra decisión. También es mas tediosa por las palabras subrayadas, o impresas en tipo negro, muchísimas de ellas acentuadas sin ningún motivo.

Como tantos otros historiadores enaltece a algunos de los héroes nacionales, y a otros deprecia y calumnia. Al escribir la historia todavía tuvo por héroe a Santa Anna, de quien dice, hablando de la batalla de Veracruz "La oficialidad de Santa Anna se portó indignamente, muy al contrario de él, que obró como granadero y como general, afrontó los peligros y su bizarría en este ataque será apreciada por todos los que sepan estimar el valor militar". Pero había entonces cambiado por completo tocante a Iturbide. Este es "depravado" y "asesino" y "un joven ludibrio de sus pasiones, cruel por temperamento, derrochador y pródigo, y avezado a derramar sin tasa la sangre de los americanos"; además "la tiranía, la depredación y el saqueo fueron los caracteres del gobierno de Iturbide en aquellos desgraciados lugares, cuyos habitantes, principalmente los del Valle de Santiago, tiemblan al tomar en boca su nombre, y su imagen en sueños todavía los atemoriza"; y, por fin: "Iturbide tiene derecho a nuestra eterna gratitud, por lo bueno que hizo, no por lo mucho malo; su ambición nos precipitó en un abismo de males, de que sepa Dios como saldremos".

Su héroe predilecto es Morelos, quien no pudo hacer nada malo, y sus otros favoritos son Hidalgo, Allende, Guerrero y, como hemos visto, Santa Anna. En este respecto Bustamante es diametralmente opuesto en sus ideas a Don Lucas Alemán, él que deprecia a todos los héroes revolucionarios menos a Iturbide. Sin embargo Bustamante ensaya a dar un juicio imparcial sobre las características de Hidalgo, diciendo: "No obstante, preciso es confesarle tan bellas disposiciones las deturpó con diversos rasgos de crueldad; los asesinatos cometidos a sangre fría en Valladolid y Guadalajara denotan que en su corazón había un depósito de odio....dió vuelo a la venganza, mostróse duro y cruel aún entre los que lo rodeaban, y se hizo insufrible al mismo Allende, joven brioso y terrible en la campaña; pero dulce y clemente en los instantes de calma y sangre fría; llegó éste a querer deshacerse de Hidalgo por un veneno, porque le eran insufribles sus decretos de proscripción; así consta en la causa, y también es preciso confesar con dolor estos hechos; las resoluciones de Hidalgo en esta parte eran tan terribles como el MORIEN DUM EST de Octaviano Augusto". Tampoco está de acuerdo con Alemán sobre las cualidades del jefe de los españoles, en la batalla de Las Cruces, el Teniente Coronel D. Torcuato Trujillo, joven, según Bustamante, "cruel, y de consiguiente, cobarde".

Entre los historiadores hay mucha discusión sobre porqué Hidalgo, derrotados los españoles en Las Cruces, dejó de proseguir la guerra y atacar la capital. Bustamante lo explica así: "Hidalgo observó que como los indios habían sufrido mucho destrozo estaban acobardados; se informó del estado de fuerza de la capital, y temió comprometer un segundo ataque, tanto mas cuanto examinado el estado de su parque de artillería halló que solo tenía treinta tiros de bala raza; temió a si mismo que el desórden de aquellas masas le fuera funesto, así porque sería cosa fácil destruirlos, como porque dándose al saqueo por su indisciplina, desacreditarian enteramente la causa santa de la insurrección". Se verá en el capítulo siguiente como Alemán juzgó que Hidalgo fué derrotado en Las Cruces, mientras Zavala opina que era tonto Hidalgo por no aprovecharse de la ventaja de su victoria.

En la política Bustamante no era radicalmente ni conservador ni liberal, aunque inclinado a creencias conservadores, y por esto fué censurado por los extremistas de los dos partidos. Así es que es interesante examinar las opiniones expresadas por sus contemporaneos sobre él. Don José Fernando Ramirez escribió a propósito de la muerte de Bustamante "Don Carlos Bustamante era ligero, inexacto y también algo más que mentiroso; era embustero. Presumo cuáles sean mis apuntes que Ud. ha visto ya ellos añadiré que ha sido inexacto

e incorrecto en la publicación que hizo de la obra grande ^{de} Sahagún. Yo quise cotejar su texto con la edición de Londres, sólo para verificar algunas que me parecían equivocaciones o variantes, y me he encontrado con una empresa impracticable. El buen editor adulteró casi todo el lenguaje del P. Sahagún, cortándole a su modo, y componiéndole a su antojo. Mil trabajos he tenido para medio acomodarlo en mi ejemplar que temo quede ilegible. Hay, además, erratas grandísimas que hacen incomprensibles muchos pasajes del calendario ritual. Ahora estoy todavía en la empresa, pues me fatiga sobremanera.....A propósito de este señor diré a Ud. que todo aquel entrañable afecto que me profesaba desapareció, convirtiéndose en una muy notable antipatía, desde que me vió resuelto entre los papeles del archivo general. Otra cosa noté; y fué que no comprendía absolutamente nada de lo que había publicado relativo a la historia antigua.

D. Lucas Alemán, a quien Bustamante había defendido con mucha elocuencia contra la acusación de haber intervenido en la muerte del general Guerrero, y de quien Bustamante dice que "su nombre es el correlativo de sus virtudes y se pronuncia en los países extranjeros con admiración" hace este retrato de Bustamante: "Era D. Carlos Bustamante hombre de ingenio vivo; de ardiente imaginación, que fácilmente declinaba en irreflexivo entusiasmo; de una credulidad a veces pueril dejándose arrastrar por la

última especie que oía, y mover por la última impresión que recibía, lo que le hacía ser ligero en formar opinión, inconsecuente en sostenerla y extravagante en manifestarla; mas sin embargo, firme en ciertos principios que una vez llegaba a adoptar, los defendía con intrepidez, y constante en sus amistades como en sus enemistades, nunca era más amigo que en la desgracia, ni más tenaz en sus opiniones que cuando ellas eran combatidas; generoso y además desinteresado, nunca su conducta se dirigió por cálculos de utilidad, y sincero en su patriotismo, pudo caer en errores, pero siempre fué guiado por buenas y rectas intenciones. Todos los que le hayan conocido de cerca, hallarán que es exacta esta definición de su carácter, y aún los que más mal le han tratado, no harán más que exagerar las tintas, pero reconocerán que es fiel el fondo del diseño, y de aquí dimana naturalmente la explicación de casi todos los sucesos de su vida, y la calificación que puede hacerse del mérito de sus escritos. Vésele alternativamente opuesto a los jesuitas, considerar como un gran mal el que Iturbide intentase llamarlos; y adicto después a la Compañía con la lectura de la historia del P. Alegre, solicitar de Santa Anna su restablecimiento; ya combate la aparición de la Virgen de Guadalupe y ya la sostiene; entusiasta por la independencia, declama alerbamente contra el Gobierno español; procura cargarlo de odiosidad, publicando todo cuanto puede hallar en los archivos y en las obras impresas, que

haga formar una horrible idea de la conquista y de la opresión de tres siglos; ya vueltas de esto, cuando en particular habla de la administración de la hacienda pública en aquel tiempo, halla admirable el manejo que aquel gobierno tenía, y lamenta el olvido y el abandono de aquellos principios; si publica el extracto de la causa célebre de los asesinos de Dongo, termina haciendo el más completo elogio de la prontitud e imparcialidad de la administración de justicia de aquella época, en que dice que la vida y bienes de los particulares estaban asegurados por magistrados íntegros y severos; se habla del reglamento de presidios establecido por el virrey Marqués de Croix, admira la previsión y cuidado que entonces se tenía para impedir las irrupciones de los bárbaros; de suerte que ese gobierno atroz, opresor injusto, hablando en lo general, se presenta bajo la pluma del mismo escritor, cuando examina en particular cada uno de sus ramos, puro y económico en la administración de hacienda; justiciero y activo para defender al ciudadano pacífico; pródigo y vigoroso para preservar al país de los males de la guerra, y así es que viene a desvanecerse todo lo que en general acriminó con todo lo que en particular elogia y admira".

Este juicio tan imparcial y justo de Don Lucas Alamán, en que engrandece más a Bustamante al decir que: "nunca era más amigo que en la desgracia" que en todas sus otras palabras combinadas, es gran contraste al de Zavala, que se cita completamente en el capítulo que sigue,

y en que dice Zavala que era Don Carlos hombre sin crítica, sin luces, sin buena fé, candor o probidad, y que escribió cuentos notoriamente falsos. Don Carlos tuvo noticias de estas palabras de Zavala al publicar la segunda edición de su "Cuadro", y hay que admirar su moderación al contestarlas. Con su gran facilidad de expresión y su elocuencia y talento como abogado pudo haber lanzado una diatriba muy fuerte contra Zavala, pero dice nada más que "dígame yo a Zavala que me entristecería mucho si hubiera merecido sus elogios, porque estos en ciertas plumas y bocas, en vez de honrar deturpan y envilecen. Cuando en la continuación del Cuadro hable de los hechos peculiares de Zavala, le conocerán nuestros postreros en su punto de vista ; hoy la generación presente pronunciará su nombre con pavora, y ella que nos conoce a los dos, sabrá dar el valor que se debe a tales imputaciones con que me honró y engalanó".

Es cierto que al escribir su verboso, fastidioso, y prejuicioso Cuadro Histórico Bustamante no solo creyó que escribía de manera imparcial, pero también creyó que su obra iba a corregir las defectuosas obras ya publicadas. Verbigracia, dice: "Creo haber cumplido en lo posible con las obligaciones y leyes de la historia; si he derrimado lágrimas sobre las cenizas de nuestros primeros caudillos también los he sujetado al tribunal de la imparcialidad, examinando sus hechos para que nuestros descendientes no se tomen el trabajo de hacerlo, echáb-

donos en cara defectos que procuramos ocultar. El campo de nuestra historia es muy vasto, las relaciones hasta aquí publicadas son defectuosas". Como vamos a ver, Bustamante no tuvo que esperar para que sus descendientes buscaran los defectos de sus héroes. Su buen amigo, Alamán, lo hizo a poco para corregir los errores de Bustamante.

Otra prueba nos da Bustamante de la buena fé de su deseo de escribir con imparcialidad cuando, hablando de las atrocidades cometidas por un amigo suyo y jefe español, Linares, dice: Conocerá el lector la vilencia que me habré hecho para explicarme de este modo; pero a ella me obliga la ley de historiador, cuyo carácter debe ser la imparcialidad".

No es más que justo decir, al concluir este capítulo, que Bustamante no vió su obra como historia, sino "una compilación de materiales para que otro la escriba cuando ya hayan calmado las pasiones".

C A P I T U L O VI.

D. LORENZO DE ZAVALA Y D. LUCAS ALAMÁN.

Una investigación comparativa entre dos historiadores de la época de la lucha por la independencia, D. Lorenzo de Zavala y D. Lucas Alamán resulta interesantísima. Las obras que sirvieron de base para nuestro estudio comparativo son el "Ensayo Histórico de las Revoluciones de México, desde 1808 hasta 1830", por Zavala, y la "Historia de México", por Alamán.

Nació don Lorenzo de Zavala en la ciudad de Mérida de Yucatán, el día 3 de octubre de 1788. Bien instruido en el Seminario de San Ildefonso, de aquella ciudad, se distinguió por la elocuencia de su palabra, quien más tarde fué conocido como el primer orador del país. Puesto preso en San Juan de Ulúa, en 1814, debido a sus actividades revolucionarias, aprendió inglés y la medicina antes de su liberación en 1817. Desempeñó un papel activo en el desarrollo de la historia del país a través de su vida interesante, primero como diputado a las Cortes españolas en 1820, luego como diputado al primer Congreso Nacional, Senador, dos veces Gobernador del Estado de México, Ministro Plenipotenciario en París. Dos veces hubo de huir, perseguido por sus ideas políticas, a los Estados Unidos. Finalmente tomó parte activa en el movimiento de la independencia de Texas, firmando la declaración de independencia de Texas y ocupando el puesto del primer

vicepresidente de la nueva República. Publicó en 1831 su "Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808", y, en 1832, su "Viaje a los Estados Unidos". Murió en 1836.

Don Lucas Alamán nació el 18 de octubre de 1792, hijo de padres españoles de linaje distinguido. Fué instruido cuidadosamente por profesores particulares de los más competentes del país, continuó sus estudios en Europa donde residía y viajaba de 1814 a 1820, llegando a saber a fondo la química y mineralogía, la botánica, las lenguas clásicas y las lenguas modernas inglés, francés, italiano y alemán. Su estancia en Europa influyó sin duda en su política y sus escritos, puesto que siempre fué muy partidario a la cultura europea.

Aunque su vocación fuera la historia, era tan hombre de acción que no sólo era escritor prolífico, sino también encabezaba muchas empresas industriales, especialmente en el ramo minero y en la fabricación de telas de algodón y de paños de lana. Soñó en un México industrial, en grandes centros fabriles-primero en Celaya, después en Orizaba. Y aunque sus empresas nunca prosperaran, debido principalmente a los trastornos políticos de su época, y perdiera la mayor parte de su misma fortuna, era siempre el impulsor y fomentador de la industria mexicana.

Además dedicó treinta y dos años a la vida pública. Aún cuando no ocupaba puesto oficial del gobierno fué muchas veces llamado por el gobierno como consultor sobre-

asuntos de la industria, la minería, la educación, la moneda, los impuestos y los aranceles de aduanas, puesto que era conocido como experto en todos estos ramos.

Fué diputado a las Cortes españolas junto con Zavala, y dos veces Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores, así como legislador y Presidente del Ayuntamiento de la ciudad de México. En el despacho de Relaciones Exteriores tuvo grandes triunfos como estadista, logrando obtener el reconocimiento de Inglaterra de la independencia Mexicana y concluyendo varios tratados ventajosos para México. Siempre era anglófilo, creyendo que "podemos romper toda consideración con las demás potencias que por no ser marítimas nos tocan menos de cerca" y "siempre sería una ventaja para Inglaterra, tener una amiga poderosa en nuestra Nación". Como Ministro, por la fuerza de su carácter, siempre era dominador del gobierno, como todo el mundo sabía. Ha sido calificado, con mucha razón, de monarquista. Amigo constante y consejero de Santa Anna, no se puede disculparle de una responsabilidad parcial por los males que éste causó al país. Fundador del partido conservador, y autor de su programa, tuvo gran influencia en el futuro político de la patria, y es bien posible que, aún muerto, influyera en el establecimiento de la Monarquía Maximiliana en México.

La persecución de sus enemigos, y de gobiernos liberales, por su supuesta intervención en la muerte del general Guerrero le hizo ocultarse dos veces y le hizo ser mas violento partidario. Fué intolerante de la libertad de la prensa, cuando esta no iba de acuerdo con el programa alamanista. Como Ministro expidió un acuerdo expulsando del país a un editor de un periódico que censuraba los actos del gobierno. Escribió dos importantes obras; las "Disertaciones sobre la Historia de México", y la "Historia de México". Murió en México el 2 de Junio de 1853.

Ninguno de los dos escritores de que nos ocupamos puede calificarse como imparcial, pero de los dos, Alamán es el más imparcial. La historia de éste, está escrita cuidadosa, exacta y modestamente. Nunca se da méritos ni toma el honor y la gloria de los grandes éxitos de su despacho de Relaciones Exteriores. Al otro lado la de Zavala se escribe descuidadamente, con poca preocupación con exactitud de nombres y fechas, y con orgullo notable de las hazañas de sí mismo, hablando de sí mismo siempre en la tercera persona. Alamán escribió con calma y serenidad, Zavala, con pasión, "escribió luchando y luchó escribiendo". Los dos eran partidarios violentos, Alamán del partido de los Escoceses, conservador, Zavala de los Yorkinos, liberal. Alamán vivía en el extranjero, lamentando los errores del gobierno español, que hicieron necesaria la independencia, y más tarde los del emperador Iturbide, y a

través de su libro corre un ambiente de tristeza por los días felices y prósperos de los tres siglos coloniales. Zavala vivió en el futuro, codicioso de más y más libertad, luchando contra cualquiera tendencia reaccionaria y listo siempre a juntarse con todo movimiento revolucionario teniendo por propósito un gobierno más liberal. Alamán es detractor de todos los caudillos de la lucha por la independencia, con excepción de Iturbide. Presenció cuando joven, la entrada de Hidalgo en Guanajuato al iniciarse la revolución, y el sangriento saqueo y pillaje de aquel lugar le creó prejuicios contra todos los jefes de los movimientos iniciales. Como ejemplo de su prejuicio dice Alamán cerca de Hidalgo y la batalla de las Cruces, "Componiase, pues, el pequeño ejército (de los realistas) de mil infantes escasos, cosa de cuatrocientos caballos y dos piezas de artillería de corto calibre.....A las once de la mañana presentó Hidalgo su columna de ataque....Veíanse a la cabeza el regimiento de infantería de Valladolid, parte del de Celaya y del batallón de Guanajuato, y por los costados y retaguardia los regimientos de caballería de la Reina Príncipe y Pátzcuaro, tropas que excedían al doble en número, y eran de igual calidad de aquellas con que iban a batirse, con las que habían estado en el cantón de Jalapa y habían tomado parte con ellas en los mismos simulacros marciales; pero que habiendo abrazado el partido de Hidalgo, se hallaban sin jefes, y habían

perdido su disciplina y moralidad.....Seguía a Hidalgo una muchedumbre de indios que no bajaban de ochenta mil, armados de lanzas, piedras y palos, tan prevenidos para el saqueo de México, que traían consigo los sacos para llevarse lo que cogiesen. Tal número de gente, sus descompasados gritos, y una fuerza de tropas disciplinadas que excedía a la que con ella iba a combatir, hubieran sido bastantes para arredrar a tropas más aguerridas; pero el valor y resolución que los mexicanos (realistas) manifestaron en esta memorable batalla, prueba de que son capaces de los más heroicos hechos, siendo conducidos por jefes denodados e instruidos en el arte de la guerra. Aunque Trujillo (jefe de los realistas) tuvo que abandonar el campo, perdiendo su artillería y gran parte de su gente, la batalla de las Cruces produjo para los realistas todos los efectos de una decisiva victoria. Intimidados los insurgentes con tan empeñada resistencia; aterrados los indios con el terrible efecto que la artillería había hecho en sus apiñadas masas; Hidalgo detuvo su marcha en Coajimalpa y no emprendió el ataque de la capital, la cual debió su salvación a aquella valiente división, que a fuerza de gallardía, continuó el ímpetu del torrente devastador que prescipitaba sobre ella".

Al contrario Zavala es venerador de todos los caudillos de la revolución. Recorre ligeramente sus defectos y exagera sus hazafias. Sobre la batalla de las Cruces dice: "Se reunieron hasta diez mil hombres armados

y equipados para oponerse al torrente que venía ya descendiendo las montañas al Valle de México....Hidalgo, Allende y todo su ejército en número de cien mil hombres venían en tumulto, sin ningún orden, a tomar la ciudad de México como habían hecho con Guanajuato y otras ciudades....y el inepto general español en vez de ocupar los desfiladeros y partes elevadas de las montañas que rodean el camino, descendió a un pequeño llano dominado por varios puntos y expuesto al fuego de los enemigos, (¡¡Con qué frecuencia los historiadores, después del hecho, se las echan de tácticos militares censurando las disposiciones de jefes que han dedicado sus vidas al estudio de la táctica militar!!) los soldados del gobierno español no pudieron vencer semejantes enemigos. Después de una horrible carnicería Trujillo huyó para México y los insurgentes ganaron la acción tanto por su número que era décuplo del enemigo cuanto por la inepticia de los contrarios....Cualquiera creería que después de una victoria tan señalada contra las únicas tropas del virrey los caudillos de la revolución marcharían a México como consecuencia de su victoria".

Sobre el virrey Venegas dice Alamán: Venegas estaba en la medianía de la edad, tenía buenos modales y la revolución y la guerra de España le habían hecho adquirir el conocimiento de los hombres, expedición en el trabajo y una actividad en el despacho de los negocios de que po-

cos de sus predecesores habían dado ejemplo. Tenía probidad y desinterés, y si las circunstancias en que tuvo que ejercer el mando hubieran sido más felices, se le habría contado sin duda entre los mejores virreyes de Nueva España". Pero Zavala echa a un lado al español con: "Este nuevo jefe no tenía talentos políticos ni militares". Y "La pérdida de la batalla de Almonacid...motivó su nombramiento deseando el gobierno español deshacerse de él".

Zavala era hombre de gran previsión. Vió con tanta claridad el futuro del país, y sus problemas, que esto puede explicar en gran parte, su última actitud, su traición a la Patria. Por otra parte Alamán era siempre optimista, creyendo completamente en la grandeza del país y en un futuro tranquilo. Escribió, en 1824, "El estado político del país se mejora todos los días: ya sabrán ustedes el trágico fin de Iturbide. Lo que ocupa ahora la atención pública es la elección de Presidente. Casi puedo asegurar desde ahora, que lo será según todas las probabilidades el dignísimo general Bravo, hombre de un mérito muy sobresaliente". Zavala, a pesar de su traición debe de ser uno de los héroes del partido revolucionario de hoy. Es cierto que fué el primer revolucionario como hoy se entiende la palabra. Escribió, en 1831, en la introducción de su Ensayo, sobre el estado del país en esa época: "Hay, pues un choque

continuo entre las doctrinas que se profesan, las instituciones que se adoptan, los principios que se establecen; y entre los abusos que se santifican, las costumbres que dominan, derechos semif feudales que se respetan; entre la soberanía Nacional, igualdad de derechos políticos, libertad de imprenta, gobierno popular; y entre intervención de la fuerza armada, fueros privilegiados, intolerancia religiosa y propietarios de inmensos territorios. Pero una constitución formada sobre las bases de libertad más amplias, sobre el modelo de la de los americanos del Norte; conservando una religión del estado sin tolerancia de otra; tropas privilegiadas y jefes militares en los mandos civiles; conventos de ambos sexos instituidos conforme a los cánones de la Iglesia Romana; tres millones de ciudadanos sin ninguna propiedad, ni modo de subsistir conocido; medio millón con derechos políticos para votar en las elecciones sin saber leer ni escribir; tribunales militares juzgando sobre ciertas causas privilegiadas; por último, todos los estímulos de una libertad ilimitada y la ausencia de todas las garantías sociales, no pueden dejar de producir una guerra perpetua entre las partes tan heterogéneas, y tan opuestos intereses".

Pero "Las nobles actitudes no se compadecen con labios verbosos". El mismo era persona privilegiada y propietario de inmensos territorios, y por eso se puede dudar de su sinceridad. Un historiador de hoy dice lo si-

guiente de él: "No ha habido en México un oportunista tan hábil, tan audaz, como Zavala. Su gran frase: ¡El pueblo tiene sed de justicia! con que principia uno de sus informes gubernativos, podría engañarnos sobre su sinceridad pero nunca acerca de sus recursos oratorios. Su inquietud amorosa que podría llenar deliciosas páginas de su biografía; su afición a los licores espirituosos y su vilenta pasión por el dinero y los goces de Epicuro, hacen de él un tipo perfecto del político mexicano con hermoso talento, pero no vacila en ponerlo a los pies de sus concupiscencias, con daño gravísimo de intereses más altos y nobles".

Se entiende que cuanto más parcial es el historiador, tanto más urgente es su afán de escribir para corregir los errores de los otros. Así Alamán y Zavala tienen esto que decir sobre el asunto: Alamán: (carta al duque de Montellione, 3 de diciembre de 1851) "Me pregunta Ud. en qué consiste el efecto que ha producido en la opinión pública la publicación de mi historia de México y disertaciones. Este ha sido variar completamente el concepto que se tenía a fuerza de declaraciones revolucionarias sobre la conquista, denominación española, y modo en que se hizo la independencia. Creíase que la conquista había sido un verdadero robo y por consiguiente se tenían los bienes de Ud. como parte de este robo con derecho la nación a recobrarlo: la dominación

española como una opresión continuada y la independencia atribuida a un movimiento glorioso dirigido, aunque sin inmediato buen éxito, por Hidalgo y sus compañeros, y esto daba lugar a mil declaraciones particularmente en los discursos que se hacen en parajes públicos, en las fiestas nacionales; todo ésto ha cambiado enteramente; no se necesita más que ver alguno de los discursos de éste año en que se representa la conquista como el medio con que se estableció la civilización y la religión en este país, D. Hernando Cortés como un hombre extraordinario que la providencia destinó para cumplir estos objetos y la dominación española como un gobierno moderado y benéfico que preparó el país para la independencia organizándola en todos los ramos. El último punto de la Independencia es el que encuentra alguna contradicción, o más bien que produce alguna irritación, pero quedará bien establecido, con la publicación del tomo quinto y último en que estoy trabajando"; y Zavala, en el Prólogo de su Ensayo: "Aunque yo no tenía ánimo de hacer ninguna publicación de los apuntes históricos que había hecho sobre las revoluciones de México, hasta no dar a luz una obra completa en la que rectificase varios errores en que han incurrido los que hasta ahora han escrito acerca de los importantes acontecimientos políticos de aquel país posteriores al año de 1808, es tanta la ignorancia en que generalmente están en Europa aun las

personas más instruidas, y son de consiguiente tan equivocados sus cálculos sobre los sucesos de aquella república que me ha parecido sumamente útil y aun urgente la publicación de este Ensayo Histórico cuya lectura hará conocer los hombres y las cosas", y, hablando de las obras de otros escritores "no hay en los autores de estas producciones ni el conocimiento que se requiere de las personas, y de los sucesos, ni la coherencia en las relaciones ni quizá en algunos la imparcialidad tan necesaria para dar a los escritos el crédito suficiente para formar un juicio recto. Un tomo de la historia de México publicado en Londres por don Pablo Mendivil, es uno de los libros más útiles que se han escrito sobre la guerra de la revolución de la Nueva España, porque ha sabido el autor aprovecharse de los documentos históricos que publicó D. Carlos Bustamante en su "Cuadro Histórico" y ha purgado aquel párrafo de una infinidad de hechos falsos, absurdos y ridículos, de que está lleno el tal "Cuadro Histórico". Las autoridades de México han cometido el error de permitir a Bustamante entrar en los archivos franqueándole los documentos interesantes del antiguo virreinato y otras oficinas públicas, y este hombre sin crítica, sin luces, sin buena fé, ha escrito un tejido de cuentos, de consejas, de hechos notoriamente falsos, mutilando documentos, tergiversando siempre la verdad, y dando un testimonio vergonzoso para el país de la falta de candor y probidad en un

escritor público de sus anales. Hay otra historia de las revoluciones de México escrita por D. Mariano Torrente por orden de D. Fernando Séptimo de España. Claro es que un escritor que dicta bajo tal influencia no puede escribir con mucha imparcialidad....Torrente, consecuente a sus doctrinas, llama a los independientes rebeldes, ingratos, infames, y les da todos los epítetos que en el diccionario de la legitimidad cuadran a los que difunden lo que Dios y la Naturaleza les ha dado.....La historia de Torrente sin embargo está en la mayor parte desnuda de aquellas exageraciones que hacían tan fastidiosas las gacetas de los gobiernos de aquella época".

Así se ve que tanto Alamán como Zavala creyeron que su obra iba a rectificar los errores de la historia. Ambos condenaron la falta de imparcialidad en otras historias, y ambos escribieron las más parciales de las historias. Pero a pesar de no ser imparciales estos dos historiadores han servido al fin de pintar para nosotros los dos puntos de vista, diametralmente opuestos, de los perturbados tiempos de la revolución y de los primeros años de la independencia.

C A P I T U L O VII.

LA EPOCA QUE SIGUIO A LA INDEPENDENCIA.

Casi a la par con los historiadores de la época de la guerra de independencia los historiadores que les siguieron fueron apasionados, imparciales y llenos del espíritu de partido. Muchos de ellos intervinieron activamente en la política, y, como Cortés, no pudieron relatar los sucesos con imparcialidad, estando tan ligados con los acontecimientos y teniendo tan gran interés personal en ellos. Desacreditan a algunos de los jefes militares de la guerra de independencia y enaltecen a otros. Si no escriben con toda la pasión de sus antecedentes en la rama histórica sí escriben para corregir los errores de ellos, y son generalmente partidarios de uno u otro bando político. Surgen nuevas cuestiones de controversia sobre las cuales los historiadores muestran su parcialidad.

El primero de estos fué el insigne historiador D. José María Luís Mora, originario de Guanajuato, sacerdote, escritor, político, educador y diplomático. Nacido en el año de 1794, hizo sus primeros estudios en la ciudad de Querétaro, y vino después a México donde se distinguió como estudiante en el colegio de San Ildefonso. Cursó filosofía y teología y, al terminar sus estudios, se ordenó de sacerdote y recibió el grado de doctor en teología. Fué profesor y orador sagrado sobresaliente,

y ardoroso partidario de los principios liberales. Tomó parte principal en la lucha entre los partidos escocés y yorkino, afiliado en el primero. Como diputado se opuso a las ideas de Iturbide, como resultado de que fué puesto preso por éste. A la caída del imperio de Agustín I el Dr. Mora volvió a tomar parte en la política y, como diputado a la legislatura constituyente del Estado de México influyó mucho en la promulgación de leyes liberales. Entre los años de 1821 y 1833 redactó los periódicos "Semanario político y literario", "El Observador" y "El Indicador" en defensa de sus ideas. Todas estas publicaciones fueron notables por sus vehemencias y prejuicios partidaristas. Intervino, durante la administración de Gómez Farías, en 1833, en cuestiones de educación, y, al caer éste, en el mismo año, huyó a Europa y fijó su residencia en París, donde se dedicó, como tantos otros desterrados a escribir y publicar obras históricas y políticas. Publicó, en 1836, tres tomos de su obra maestra histórica, intitulada "México y sus Revoluciones". En 1838 publicó sus "Obras Sueltas". Después viajó por Italia y no volvió a tomar parte en los asuntos de su país hasta que en 1847 el gobierno de Gómez Farías, que había vuelto al poder, le nombró Ministro Plenipotenciario cerca de la corte de Inglaterra. A poco, muy enfermo de la tisis, se trasladó a París, donde falleció el día 14 de julio de 1850.

La biografía del Dr. Mora no nos da ninguna noticia tocante a su vida de sacerdote durante los últimos veinte años de su existencia; pero como era enemigo implacable de la iglesia en estos días se supone que se separó de ella cuando todavía era joven. Antes de huir de México escribió su "disertación sobre la naturaleza y aplicación de las rentas y bienes eclesiásticos", y a través de sus obras históricas escribe con pasión dominadora contra el clero.

"Mexico y sus Revoluciones" consta de tres tomos, el primero, tercero y cuarto, pues Mora no llegó a publicar el segundo. El primero trata del estado actual -- (hacia 1833) de México, discutiendo la geografía, clima, productos, población, carácter de los habitantes, su constitución y el estado de la moral pública. También trata extensamente de la administración de México bajo el régimen español. Este tomo le dictó su patriotismo ardiente que le inspiró a escribir, como él mismo nos dice, para corregir en Europa " el concepto más desventajoso que se tiene de las nuevas repúblicas americanas". Dice que: "Los desórdenes que en ellas hay no sólo son conocidos sino sumamente exagerados; poco o nada bueno se quiere ver en las nuevas naciones, y lo peor de todo es, que sus males se cree que no tendrán fin, y se atribuyen a causas permanentes e invariables que se hacen consistir en la naturaleza y carac-

ter de los habitantes y naturales de ellas". El propósito del Dr. Mora, entonces, al escribir esta parte de su historia fué, como nos dice "Manifestar pues los males que hay realmente, señalar su origen verdadero y las causas que los producen: finalmente hacer patente que ellas no solo pueden desaparecer y perder su eficacia, sino que esto ha sucedido ya en parte, y que la obra aunque no es perfecto está muy adelantada". La indignación que el Dr. Mora sentía al saber el concepto de los europeos sobre su patria, y su afán de corregirlo le hizo exagerar las cosas de México que favorecieron a su propósito, y ocultar o disminuir, a veces, los males que existían y habrían de existir durante muchos años. La misma causa le hace contradecirse a sí mismo, cuando, por ejemplo dice "El odio, la venganza y la persecución, que en todos los pueblos del mundo han sido la consecuencia inevitable de las revoluciones muy poco o nada se han dejado sentir en México, a pesar de que nada se ha omitido para soplar el fuego de estas pasiones asoladoras. Conseguido el objeto político de una revolución, todo ha vuelto a entrar en quietud y las cosas han seguido su curso ordinario". Esta declaración no sólo fué incompatible con su actual estado de refugiado político pero es contradictorio a otros pasajes de la obra. Dice que el partido "de las vejeces" en México se caracteriza por el furor de derramar sangre, que las comisiones militares "han cometido los excesos

propios de la ferocidad de su carácter, sirviendo bajamente a las venganzas y rencores del poder y de los partidos en cuyo favor ha sido secuestrada la constitución", y habla del odio que había en México contra España y los españoles "que con mucho perjuicio de estos y sin ninguna ventaja para aquella nación, ha causado inmensos males a la República ". La parte de esta obra que trata de la dominación española es sumamente imparcial, escrita con calma y serenidad, sin ninguna pasión. Sólo emplea la invectiva contra los hijos de los ricos negociantes españoles, hombres "ignorantes llenos de vicios, y cuyo menor defecto consistía en carecer de toda virtud". El juicio del autor sobre los méritos del Fray Bartolomé de las Casas es curioso y único en su género. Tiene a Las Casas por enemigo de los indios, diciendo: "Los antiguos defensores de los indios, aunque con una intención sanísima, contribuyeron no poco al descrédito de sus aptitudes.....los que promovieron el código de leyes de Indias y los privilegios acordados por los Papas, nada menos eran que enemigos de los indios; y todos no obstante al sostener su causa entraban no solo confesando, sino sentando por principio que abandonados a sí mismos no podrían igualarse a los blancos: unos alegaban su inocencia y simplicidad, otros su blandura o debilidad de carácter, otros su falta de fuerzas físicas, y algunos su natural ignorancia para que se les concediesen perpetuamente los privilegios de menores....Decir que no serán ni son

capaces para regirse y gobernarse por sí mismos es un despropósito; lo han hecho por muchos años, y esto basta".

Si el estudio de México bajo la dominación española que hace el autor es sumamente imparcial, el que hace sobre el estado actual del país no lo es. Mora hace un profundo estudio de la constitución de 1824 y señala lo que le parecía eran sus defectos. Aquí entra el espíritu de partido. Caracteriza al partido conservador "el de las vejeces" y sus principios "el sistema retrógrado". Sin embargo escribe generalmente con excepcional moderación, sin rencor ni pasión. Solamente cuando habla de los militares y del clero exhibe su pasión dominante. Señala como el mal mayor del país la posición dominante y los privilegios que gozaban los militares y su denuncia de éstos es apasionante. Dice, por ejemplo: "Las comandancias generales han sido un manantial fecundo de desórdenes; por el empeño que siempre han manifestado los jefes militares en deprimir la autoridad que constantemente han suscitado y sostenido con la fuerza y sobre todo por la insolencia del soldado en dispensarse de las leyes del Estado y de las consideraciones debidas a sus autoridades que, por lo común, han quedado impunes, en razón del espíritu de cuerpo y de la poca simpatía que siempre ha existido entre las tendencias del ejército y la Federación. Los comandantes gene-

rales y principales han sido además un pernicioso instrumento, sin el cual ni las facciones ni el gobierno se habrían atrevido a hallar las leyes establecidas, oprimir la libertad, ni derramar profusamente la sangre de los ciudadanos sobre el suelo mexicano.... Si la clase militar privilegiada es incompatible con el orden y tranquilidad interior de la República Mexicana, no es menos perniciosa a las rentas y fondos nacionales de la misma, que jamás serán suficientes a cubrir los presupuestos mientras esta clase subsista. En varios -- lugares de este tomo se ha hecho ver que la milicia - causa las rebeliones, y que estas traen consigo el aumento de sueldos, etc" y, además: "Esta clase, por la - manera con que debe ser organizada según la ordenanza, se halla en oposición no solo con los principios federativos, sino también con los de todo sistema de orden y libertad; como existe actualmente en México, es un principio de desorden y anarquía, una amenaza perpetua a la autoridad pública constituida, un abismo a donde se sumerjen caudales inmensos, un plantel de aspiraciones interminables a empleos, grados, pensiones y ascensos, un principio de destrucción de las clases laboriosas, una ocasión de malechores que atacan la vida y la propiedad del ciudadano, y un motivo de descredito nacional... los oficiales y jefes no existen para mandar a los soldados, sino que buscan soldados para que manden, asciendan y enriquezcan a los oficiales y jefes....

esta clase está destinada a envilecer la autoridad, oprimir al ciudadano, y pillar a los soldados infelices, que presentados en el campo de batalla no contra enemigos exteriores sino contra sus hermanos y dada la señal de acometer, se precipitan con furor, se irritan contra quien nada les ha hecho, pelean por lo que nada les importa, y mueren amontonados unos sobre otros, sin nombre, sin gloria y sin recompensa".

No menos lleno de prejuicios es Mora en lo referente al clero Mexicano. De éstos tiene poco bueno que decir, salvo cuando habla de los primeros misioneros, Dice que muchos del clero durante la guerra de independencia "para tomar parte en este movimiento apostataron, y convertidos en militares, cometieron los mayores desórdenes, derramando sangre, violando el pudor del otro sexo y saqueando las poblaciones". Tenemos aquí un ejemplo de cómo un historiador, aprovechándose de un hecho aislado, puede generalizar sobre eso al perjuicio de todo un grupo inocente, porque la historia de la revolución no soporta tal acusación, sino en raras casos. Mora exhibe extensamente su prejuicio contra la iglesia, declamando contra "el yugo de la tiranía religiosa", contra los conventos y monasterios, los fueros y privilegios del clero que "carecen del mérito y virtudes que poseen el resto de los ciudadanos" y contra las rentas de la iglesia y sueldos de sacerdotes y obispos. De estos últimos dice que recibían anualmente desde quince hasta ciento ochenta mil pesos. Es

su propósito hacer creer al lector que de esta suma consta el sueldo particular del obispo, mientras la verdad es que se empleaba para sostener las escuelas, los orfanatorios, los hospitales y otras instituciones religiosas de su obispado. Tenemos aquí otro método de los historiadores para engañar a los lectores y perpetuar sus prejuicios sin apartarse de la verdad.

A pesar de los defectos anotados este tomo de la obra del Dr. Mora es sumamente importante. Su análisis de la constitución de 1824, influyó mucho sobre la opinión pública de su tiempo, de suerte que fué uno de los ^rprecusores más notables de las leyes de reforma. Vió con claridad mucho de los males que padeció el país; los discutió sin pasión ni rencor y señaló las reformas más exigidas. Luchó, según él mismo nos dice, por "la ocupación de los bienes del clero; la abolición de los privilegios de esta clase y de la milicia; la difusión de la educación pública en las clases populares, absolutamente independiente del clero; la supresión de las monacales; la absoluta libertad de las opiniones, la igualdad de los extranjeros con los naturales en los derechos civiles, y el establecimiento del jurado en las causas criminales". "Tenemos por cierto", dice, "que si la administración mexicana no procura eficazmente disminuir el número de plazas y empleados, reducir a una justa proporción los sueldos de estos y vijilar escrupulosamente su conducta, el país se convertirá en un centro de facciones y proyectos revolucionarios que se reproducirán sin cesar y pondrán en riesgo por muchos años su tranquilidad interior".

Abogaba por un sistema verdaderamente federal oponiéndose a todas tendencias centralistas, y entre las reformas que favorecía estaban la abolición de la intolerancia religiosa en la ley constitutiva, reformas electorales y una disminución de los poderes del congreso nacional, que tuvo, según él, una autoridad sin límites, "de la cual se ha abusado sin interrupción". Creyó que la propiedad debe ser indispensable para que uno goce del derecho de ciudadanía.

"Este derecho importantísimo", dice, "se ha prodigado en México con una profusión escandalosa, haciéndolo extensivo hasta las clases de la sociedad menos aptas para ejercerlo. A consecuencia de esta prodigalidad y falta de previsión han ocupado los sofás de los congresos y los sillones del gobierno, personas no solo sin educación ni principios, poseídas de la más crasa ignorancia, sino lo que es más, enteramente destituidas de moralidad y honradez". Declara, además, que en las elecciones se han cometido todo género de fraudes, suponiendo votos que no existían, y ocultando muchos de los realmente emitidos.

La cámara de senadores no escapó a su denuncia, pues dice que los senadores "se hallan enteramente destituidos de patriotismo, y sumidos en la más crasa ignorancia", y como remedio propone que el senado sea compuesto de los propietarios más ricos y de los profesores de las ciencias.

El Dr. Mora creyó que ningún otro escritor había descrito la verdadera pintura de México, y por eso escribió para corregir ideas falsas que los otros habían dado a luz. Dice, en el primer tomo de su obra: "Como los más de los que han escrito sobre México, lo han hecho de un modo superficial por su falta de conocimientos, han aventurado especies enteramente ajenas de la verdad, formando y transmitiendo al público sobre unos mismos puntos, juicios, no solo divergentes, sino positiva y diametralmente opuestos, de manera que no parece ser uno mismo el asunto de sus escritos, ni una misma la nación que da materia a sus investigaciones.....De cuanto se ha escrito sobre la materia lo único digno de aprecio es el Ensayo político sobre la Nueva España de/ barón de Humboldt.....Pero México después de 1804 ha sufrido cambios de mucho tamaño que han causado una variación total en su fisonomía moral y política, de manera que quien pretenda conocer esta nación por los rasgos con que la caracterizó Humboldt, incurrirá en graves errores que lo alejarán enteramente de la verdad".

Al crédito de Mora se puede decir que, a diferencia de casi todos los historiadores, no hizo pretensiones extravagantes de imparcialidad, pero, al contrario concede que la imparcialidad, en un escritor contemporáneo es una prenda tan apreciable como difícil de obtener y por eso no aspira a la imparcialidad sino a la sinceridad, y nadie puede decir, aunque no esté de acuerdo con sus opiniones, que éste escritor cuyos mayores deseos fueron el mejora-

miento de su país, no logró escribir con sinceridad.

El tomo tercero de "México y sus Revoluciones" relata brevemente los sucesos de la conquista, y entonces, fiel al título de la obra trata de las conspiraciones que había en México, contra el régimen español, desde la conquista hasta el año de 1810. Este tomo es admirable por su imparcialidad y moderación. Trata del gobierno español y de las pocas conspiraciones que había contra él sin prejuicio alguno. Es verdad que lamenta el hábito de aquel gobierno de guardar sobre las conspiraciones el más profundo silencio y procurar "a toda costa sepultar en el olvido la memoria de estos hechos". Y también condena las crueldades y tormentos, las violencias y ejecuciones sangrientas que practicaron algunos de los virreyes contra los conspiradores, pero fuera de esto la historia está escrita con un juicio admirable por su imparcialidad.

Hablando de la conquista, y tocante a las exageraciones de los primeros cronistas, de que ya hemos hecho hincapié, dice el Dr. Mora: "Siempre que ha sido necesario hablar de la antigua población de México y de los ejércitos que auxiliaban a Cortés o peleaban contra él, se ha tenido el mayor cuidado, en no determinar sus fuerzas numéricas, y cuando esto se ha hecho, ha sido siempre con desconfianza. En nada merecen menos crédito los historiadores de aquel tiempo que en cuanto dicen sobre

este punto. Si los modernos.....apenas pueden obtener resultados de alguna probabilidad por aproximaciones más o menos remotas, qué deberemos decir de hombres groseros como los conquistadores.....cuando aseguran con tanta confianza el número de personas que componían la población y los ejércitos mexicanos.....lo que puede asegurarse sin la menor duda es, que no existían aquellos millones de habitantes, ni millares de soldados que se nos quieren figurar....Así es que sólo el empeño de los misioneros en engrandecer sus conquistas espirituales, y de los conquistadores en ponderar sus hazañas militares, ha creado en la imaginación de los escritores una población que jamás existió ni pudo existir". Vemos aquí algo del prejuicio del Dr. Mora contra los misioneros y militares, así como su deseo de corregir los errores de exageración de los primeros cronistas.

El tomo cuarto de esta obra nos cuenta la historia de la lucha contra España por la independencia mexicana, desde el rompimiento de la revolución hasta fines del año 1812. Fué la intención del Dr. Mora que este tomo abarcara hasta la muerte de Morelos en 1815, pero no logró llevar a cabo ésto y queda la obra incompleta. Tomando en cuenta que Mora presencié toda la revolución, aunque joven, es obra de singular imparcialidad. Al contrario de D. Lucas Alemán, Mora sostiene que los primeros movimientos, los de Hidalgo y Morelos, fueron

necesarios para la consumación de la independencia, puesto que prepararon los ánimos de la población para dicho éxito, interesaron en la revolución a las clases populares y formaron los ideales por los que lucharon, y así abrieron el camino a la gloriosa revolución de Iturbide. El Dr. Mora, entonces, tiene por héroes a todos los jefes de la revolución. Como Bustamante censura severamente a Hidalgo quien "ni era de talentos profundos para combinar un plan de operaciones, ...ni tenía un juicio sólido y recto para pesar los hombres y las cosas, ni un corazón generoso para perdonar los errores de los que debían auxiliarlo en su empresa o estaban destinados a contrariarla", quien "caminaba sin plan fijo ni determinado", quien "se cerró en que lo que convenía era popularizar la revolución haciéndola descender hasta las últimas clases y radicar en ellas el odio contra los Españoles" y quien fué culpable de las mas "bárbaras matanzas". Termina, sin embargo disculpándole todos sus defectos que "desaparecen a la vista de su desgracia, y sobre todo del imponderable servicio de haber emrendido una revolución indispensablemente necesaria en el estado a que habían llegado las cosas". Enaltece notablemente a Morelos, cuyas "prendas morales eran superiores a todas las otras, y quien como el autor "nunca fué amigo de los frailes,

de lo cual dió pruebas aplaudiendo la abolición de ellos". Ensalza también al Coronel Nicolás Bravo y al entonces jefe español Iturbide, el "intrépido" e "ilustre". Sin embargo no deja de condenar los excesos, saqueos, violencias, ejecuciones y asesinatos a sangre fría perpetrados tanto por los insurgentes como por los españoles en el ardor de la venganza, y esto hace, no con pasión como lo hizo Bustamante, pero sí desapasionadamente. Ni permite aparecer ningún odio contra los españoles aún cuando habla de su costumbre de descuartizar los cadáveres de insurgentes cautivos para poner a la expectación pública sus miembros.

Esta obra de Mora, pues, es tan notablemente imparcial cuando trata de la época de la guerra de independencia que es lástima que no terminara la historia de esa época antes de emprender lo que correspondió a su vida pública, que él mismo dijo que no pudo relatar con imparcialidad.

Un segundo Alamán, entre los historiadores, fué Don Luís González Cuevas, senador y tres veces ministro de Relaciones. Este publicó en 1851, su historia titulada el "Porvenir de México, o Juicio Sobre su Estado Político en 1821 y 1851". La obra es una historia detallada de los sucesos desde que fué proclamado el Plan de Iguala hasta el motín de la Acordada en 1828, y concluye con una profecía sobre los destinos que le esperaban al país como resultado de la política que entonces, en la mitad del siglo XIX,

se seguía.

Diametralmente opuesto a los principios para que abogara el Dr. Mora, el autor del porvenir de México, está de acuerdo con Mora solamente en cuanto a los gastos excesivos del gobierno, los males que causaba la clase militar y el estado de desorden que existía en el país.

Sobre los principios y los remedios que debía adoptar el gobierno son completamente opuestos. Como Alamán, Cuevas es conservador, en favor de los españoles, contra los norteamericanos y muy decididamente en favor de la iglesia. También como Alamán encomia el dominio español y el estado del país bajo aquella dominación y tiene poco malo que decir sobre los virreyes, quienes, dice, generalmente gobernaban con prudencia y templanza, y eran hombres generosos y humanos. Da poco crédito a los primeros caudillos de la guerra de Independencia, mientras ensalza mucho a Iturbide. Las tres garantías de éste eran, según Cuevas, los únicos principios que necesitaba el país para prosperar. Lamenta la caída del imperio que atribuye a un deplorable falta de dotes para gobernar, de parte de Iturbide. Luego alaba a todos los gobiernos conservadores, y especialmente los en que influyó Alamán, y condena todas las tendencias liberales, particularmente la de imitar a los Estados Unidos.

En cuestión de las lógicas, según parece fué de los pocos políticos que no se afiliaron ni a una ni a otra.

Opina, con mucha razón, que todos los males del país fueron causados por la lucha entre las lógicas. Condena amargamente a los Yorkinos, a quienes califica como anárquicos y demagogos, e indica claramente que de los dos, se inclina mucho a los escoceses, por ser "hombres más respetables". Sus prejuicios en favor de los españoles aparecen frecuentemente. Hablando de las repúblicas Hispano-Americanas en general, dice, por ejemplo: "Con una población mixta en que no podía figurar la de origen español sino en una cuarta o quinta parte, la primera obligación de estos mismos Estados era favorecer la raza inteligente como elemento principal en el gobierno, en la administración y en la sociedad. Los peligros que desde luego debieron temer, si no como los más próximos, como los más terribles que debían preverse desde el principio con más cordura y previsión, eran el predominio de las castas y la invasión extranjera".

A los Norteamericanos califica habitualmente como bárbaros y alega que "nuestros vecinos son los que más sobresalen hoy en el arte de corrupción". Considerando, sin embargo, el espacio corto de tiempo que había transcurrido desde la guerra entre México y los Estados Unidos, Cuevas es modelo de moderación y exhibe mucho menos odio que los historiadores posteriores. Escribe con pasión sólo cuando habla de la persecución de la iglesia, la única influencia que había "para for-

mar en el pueblo los hábitos de obediencia y orden..... en un país en que solo ella es el apoyo constante del gobierno establecido". "Entre todas las clases de nuestra sociedad, "dice, "el Clero es el que mas sobresale por la consecuencia con sus principios, con la obediencia a sus superiores, por la unidad que guarda en toda su conducta, por sus servicios desinteresados al gobierno, y porque será el mejor apoyo de todo orden y de todo sistema que llegue a establecer".

Envilece, después, al partido liberal por sus "planes anárquicos" y por sus proyectos para "la abrogación del fuero en el orden civil, la ocupación de la propiedad de la Iglesia, la destrucción de las rentas parroquiales y la supresión del instituto admirable de la Compañía de Jesús". Pinta por fin el estado actual del país, bajo la dominación de los liberales y yorkinos como algo terrible, sin la esperanza de mejorar y "entregado al furor de la anarquía interior, y hasta clamando por la dominación extraña".

Cuevas es, entonces otro ejemplo notable del tipo de historiador completamente parcial y lleno de prejuicios, cuyas opiniones políticas y religiosas le cegaron hasta hacer de poco valor su crítica.

Ahora trataremos de dos insignes historiadores cuyas obras son completamente imparciales, a saber: D. Manuel Orozco y Berra y Don Joaquín García Icazbalceta. Son

imparciales porque no trataron de escribir la historia de sus tiempos pero fueron peritos en asuntos relativos a la historia antigua y la conquista.

D. Manuel Orozco y Berra nació en la Ciudad de México el 8 de junio de 1816. Fué ingeniero, abogado, director del Archivo General, catedrático de historia y geografía, Ministro de Fomento, Justicia de la Suprema Corte, y, bajo el Imperio de Maximiliano Consejero de Estado. Sus empleos públicos los desempeñó por necesidad, puesto que no gozaba de los recursos necesarios para entregarse enteramente a su vocación de investigador histórico.

En este ramo escribió y publicó, en 1880-1881, su obra maestra, la "Historia Antigua y de la Conquista de México". Esta es una erudita obra, perfectamente documentada, que trata de la antigua civilización mexicana, los habitantes prehistóricos del país, la historia de éstos hasta la llegada de los españoles, y la historia de la conquista.

Escrita con juicio recto, ajeno a toda pasión y sin prejuicios de partido, la obra, sin embargo, tiene el propósito declarado de corregir los errores de otros historiadores. Orozco y Berra reconoció los defectos que hemos señalado de los primeros cronistas y de los historiadores posteriores de la conquista, y dice, de estos: "generalmente hablando, divídense éstos en dos opuestos banderíos. Los unos, preocupados por el amor de raza,

por el respeto a la religión, por la diferencia de principios civilizadores, y urgidos por los tiempos en que vivían, ven con la luz de sus ojos preocupados los distantes objetos, y en su juicio apasionado desaparecen los indios por inútiles y bárbaros, llenando por completo el cuadro las robustas figuras de los castellanos. Los otros igualmente descaminados por la influencia de los tiempos y de las ideas modificadas, hacen ostentoso alarde de patriotismo y de filosofía, sublimando más de lo merecido a los indígenas y derribando de sus pedestales a los héroes españoles. Entrambos juicios me parecen erróneos por tocar en lo absoluto. Apartándome de estos extremos, he procurado buscar la verdad y la justicia".

Tenemos que añadir entonces a Orozco y Berra a la lista de esos historiadores que se inspiró en escribir para corregir los errores de otros, pero con toda justicia hay que decir que él logró hacerlo mientras casi todos los otros no lo hicieron.

D. Joaquín García Icazbalceta fué investigador e historiador de la misma talla de Orozco y Berra, de hecho ayudó a éste, como revisor de su historia antigua. Es especialista de la historia del siglo XVI. Sus principales obras históricas son su biografía de D. Fray Juan de Zumárraga, que constituye, más que una biografía, una historia imparcial de la Colonia desde el año 1528 hasta el de 1548; y su

"Bibliografía Mexicana del Siglo XVI". La última obra, que representa cuarenta años de investigación, más de un catálogo de libros del siglo XVI, contiene las biografías de los autores principales de esa época, y, por eso contiene también mucho de historia. Sus obras fueron publicadas en 1898, en diez volúmenes conocidos como la Colección Agüeros. Icazbalceta es un crítico sobresaliente, amante de la brevedad y la concisión en la historia, y sus obras son imparciales sin par.

El último historiador que vamos a discutir es Don Francisco Bulnes. Nacido en la Ciudad de México, en 1847, fué ingeniero civil, matemático, diputado, senador, orador sobresaliente, e historiador. Como historiador era amante de lo sensacional, apasionado, según algunos mentirosos, y sobre todo era el despreciador más notable de personajes y héroes nacionales.

Los nombres de algunos de sus libros basta para indicar la naturaleza de sus prejuicios. Son, a saber: "Las Grandes mentiras de nuestra Historia"; "El verdadero Juárez, y "El Verdadero Díaz". Los blancos predilectos de sus sarcasmos eran Santa Anna y Juárez. A éste, Bulnes le atacó y le insultó en el libro intitulado "El Verdadero Juárez", obra sensacional que le produjo los denuestos de muchos autores contemporáneos.

Ataca aún más apasionadamente a Santa Anna en "Las

Grandes Mentiras de Nuestra Historia". A este caracteriza como "inmoral; de valor discutible, que apenas sabía leer y escribir sin corrección; el modelo del general venal, sin pudor ante ningún principio, sin decencia ante ninguna delicadez, sin firmeza ante ninguna causa y sin lealtad ante ningún amigo; el más despreciable ante la razón, el honor y la justicia; tirano; cruel; cobarde; y concusionario y distribuidor de vicios y de toda clase de iniquidades".

Ataca también a Don Lucas Alamán, quien tiene la culpa, según Bulnes, de la pérdida de Texas, que "la debemos al militarismo impuesto a los colonos por Don Lucas Alamán desde 1830".

Es claro que este autor quiso corregir los errores de la historia. Censura severamente al historiador Guillermo Prieto, quien según él "lanza tan numerosos y estupendas falsedades sobre la guerra de Texas, para volarles los cascos a los alumnos del Colegio Militar".

Además de las obras citadas Bulnes escribió "La Guerra de Independencia, Hidalgo e Iturbide"; "La Nación y el Ejército en las guerras Extranjeras"; "Juárez y la Revolución de Reforma" y "Los Grandes Problemas de México". Sin duda escribió impulsado por su amor a la verdad, como él la vió, y, por la misma pasión con que escribió, sus obras son interesantes y entretenidas.

Falleció D. Francisco Bulnes en su Ciudad natal el 22 de septiembre de 1924.

C O N C L U S I O N .

No hemos tocado a los historiadores modernos, porque no es hora de juzgarlos. Se puede decir, sin embargo, que algunos de ellos como D. José Vasconcelos y D. Carlos Pereyra, así como muchos de los periodistas, se han dedicado notablemente a perpetuar el odio que existe contra los Estados Unidos; y algunos de los periódicos siguen esta política sin respeto ninguno a la verdad.

Hemos visto que desde un principio casi todos los historiadores han escrito con prejuicio y parcialidad, divididos en dos campos; primero, sobre la cuestión de los indios, y después sobre los méritos de varios caudillos revolucionarios; luego sobre los principios de los liberales y conservadores, escoceses y yorkinos, centralistas y federalistas. Algunos escribieron con tanta pasión partidaria que se cegaron completamente ante la justicia y la verdad.

Termine esta obra con la esperanza de que mis mismos prejuicios no hayan influido demasiado en ella.


George J. O'Shea.

BIBLIOGRAFIA.

- ALAMAN, LUCAS: "Historia de México", cinco tomos, México, 1926.
- BULNES, FRANCISCO: "Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia" Paris, 1904.
- BUSTAMANTE, CARLOS MARIA DE: "Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana", cinco tomos, México, 1926.
- CAVO, P. ANDRES: "Los Tres Siglos de México durante el Gobierno Español hasta la entrada del Ejército Tregarante". México, 1852.
- CLAVIJERO, P. FRANCISCO JAVIER: " Historia Antigua de México" dos tomos, traducido del italiano por J. Joaquín de Mora. México, 1917.
- CORTEZ, HERNAN: "Cartas de Relación de la Conquista de México", Madrid, 1922.
- CORTEZ, HERNANDO: "Five Letters, 1519-1526, Traducción por F. Bayard Norris, Londres, 1928.
- CUEVAS, LUIS GONZAGA: "Porvenir de México o Juicio Sobre su Estado Político en 1821 y 1851", México, 1851.
- DIAZ DEL CASTILLO, BERNAL: " Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España", Madrid, 1928.

- DURAN, EL PADRE FRAY DIEGO: "Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme", dos tomos, México, 1880.
- GARCIA, GENARO: "Bernal Díaz del Castillo, The Discovery and Conquest of México". Traducción por A. P. Mandslay, Londres, 1928.
- GUTIERREZ, CARLOS: "Fray Bartolomé de Las Casas, sus Tiempos y su Apostolado", Madrid, 1878.
- ICAZBALCETA, D.J. GARCIA: "Obras" (Colección Agüeros) diez tomos, México, 1897.
- MENDIETA, FRAY GERONIMO DE: "Historia Eclesiástica Indiana" México, 1870.
- MORA, JOSE MARIA LUIS: "México y sus Revoluciones", tres tomos, Paris, 1836.
- OROZCO Y BERRA, MANUEL: "Historia Antigua y de la Conquista de México", cuatro tomos, México, 1880.
- PARKES, HENRY B: "History of México", Boston, 1938.
- PEÑA, CARLOS GONZALEZ: "Historia de la Literatura Mexicana", México, 1928.
- RUEDA, JULIO JIMENEZ: "Historia de la Literatura Mexicana", México, 1934.
- RUEDA, JULIO JIMENEZ: "Antología de la Prosa en México", México, 1938.

SOSA, FRANCISCO: "Biografías de Mexicanos Distinguidos",
México, 1884.

TICHNOR, GEORGE: "History of Spanish Literature" tres
tomos, Londres, 1849.

VALADES, JOSE C: "Alamán Estadista e Historiador", Mé-
xico, 1938.

ZABRE, ALFONSO TEJA: "Guide to the History of México",
México, 1935.

ZAVALA, LORENZO DE: "Ensayo Histórico de las Revolucio-
nes de Méjico, desde 1808 hasta 1830",
dos tomos, Paris, 1831.

" El Universal", 8 de Marzo de 1939 y 2 de Noviembre de
1938.

